

Sumario del Número 407



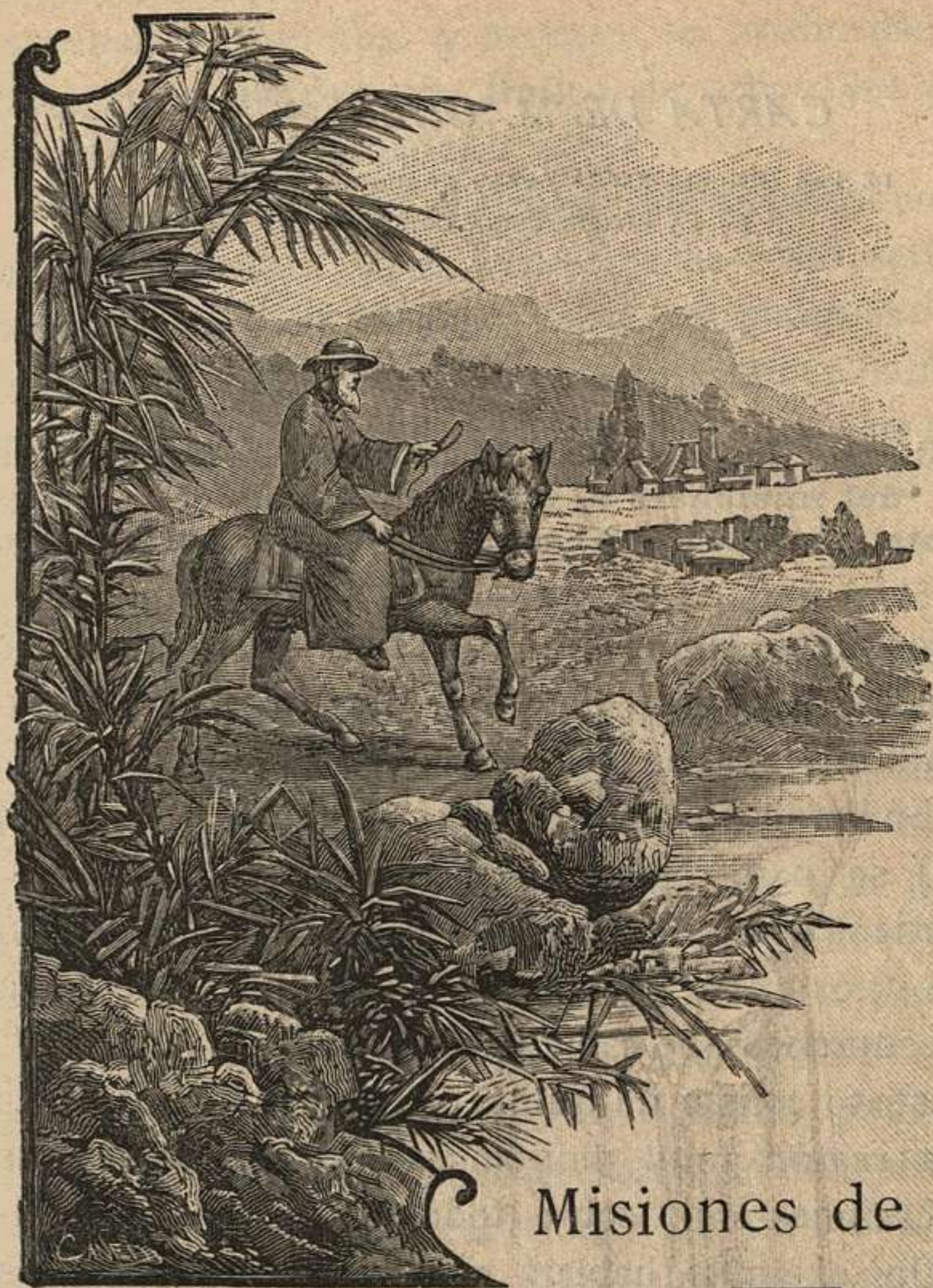
CONCHINCHINA ORIENTAL. — <i>Carta de Mons. Guerlach.</i> — En el país de los Bahnars. — Progresos de la fé. — El viaje apostólico. — Médico del alma y del cuerpo. — Necesidad de catequistas. — Defectos de los indígenas. — Pruebas y consuelos.	243
BENIN. — <i>Carta de Mons. Pellet.</i> — Conmovedora historia de José, el viejo soldado dahomeyano.	266
ARGELIA. — <i>Carta de una Hermana Blanca.</i> — El Aures y los Chaúyas.	275
ALTO EGIPTO. — <i>Carta del R. P. Nourrit.</i> — Primera comunión en Minieh.	253
ARCHIPIÉLAGO GILBERT. — <i>Carta de Fr. Lemmens.</i> — Impresiones de un misionero perdido durante nueve días en alta mar.	291
CRÓNICA DE LA OBRA.	301
NOTÍCIAS DE LAS MISIONES.	306
NECROLOGÍA. — NN. SS. Gasnier, Gentet. — R. P. de Deken.	316
SALIDAS DE MISIONEROS.	320

Nota. — Las limosnas recogidas para la Obra de la Propagación de la Fé en los diócesis de Colima y de Tepic, han sido incluidos por equivocación en la suma atribuida á la diócesis de Guadalajara.



Estatua del P. MARQUETTE, misionero jesuita del siglo XVII, en el Capitolio de Washington.

(Véase en las Noticias de las misiones.)



M. Guerlach de viage.

Misiones de Asia

VICARIATO APOSTÓLICO DE LA CONCHINCHINA ORIENTAL
MISIONES DE LOS BAHNAR-REUNGAO

En medio de las agrestes montañas del Anam nos transporta la siguiente narración M. Guerlach tiene especial talento para pintar los rasgos de sus ovejas y los lectores de los *Anales* experimentarán el mayor placer en recorrer con la vista estas pintorescas páginas en las cuales relata el misionero con encanto, sus viages apostólicos y algunos curiosos rasgos de su ministerio.

CARTA DE M. GUERLACH

DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS, MISIONERO
EN LA CONCHINCHINA, ORIENTAL.

Distrito de Ntra-Sra. de Lurdes.
Pelei María, 14 de Enero de 1896.

**El distrito de Ntra. Sra. de Lurdes. — El paseo
del misionero al través de la misión.
Sacerdote y médico. — El amor de una madre salvaje.**

Tengo buenas noticias que daros respecto al distrito de Ntra-Sra de Lurdes. La Santísima Virgen ha derramado allí sus gracias y se practica el bien en grande escala. En la relación que cerró el ejercicio (Julio 1894 á 1895) se han registrado 4 nuevas cristiandades, 252 bautizos de adultos, más de 1200 confesiones y un total de unos 1222 bautizados. También hay de 400 á 500 catecúmenos que estoy instruyendo.

Mi distrito consta de quince cristiandades dispersas por una región muy montañosa, no son fáciles las comunicaciones allí, sobre todo en la estación lluviosa. Un exemplo hablará más alto que todos los discursos. Supongamos que yo me encuentro en Pelei Maria, necesitaré atravesar el Meteung y dirigirme á Kon-Ketou, en donde atravieso el Bla, rio que lleva gran caudal de agua. De Kon-Ketou me dirijo hácia Kon-Kexom por donde atravieso otra vez el Bla que tendré que pasar otras dos veces; la primera, frente á Kon Dop y la segunda á 2 kilómetros hácia arriba de este pueblo, á la embocadura de un torrente impetuoso, el Dak Pekei. Paso luego el Meteung sobre un puente colgante, un puente de *enredaderas* de 17 metros de tablero. Cuando se llega al Bla, hay que desensillar

os caballos : ginetes y arneses se trasbordan á una piragua hecha con un tronco de árbol; los caballos atraviesan el rio á nado.

Ya podéis figuraros el tiempo que se pierde con todos esos trasbordos. Varias veces me he visto sériamente apurado en Kon Dop, cuando las piráguas estaban lejos y tenía que ir á buscarlas. Entonces había de ir por un caminito, faldeando par los colinas que bordean el Pekei y el menor paso en falso me echará á rodar hasta el fondo de un torrente, á 200 metros más á bajo. Cuando he salvado todos esos caminos de cabras, tengo que atravesar *cinco* veces distintas el kak Penei que no se deja fácilmente, durante la estación lluviosa. En Septiembre último, mi caballo fué arrastrado por la corriente y tuve que echarme á nado, de lo contrario, los dos habríamos bebido una buena taza de caldo. Cinco minutos después de haber atravesado el torrente por la última vez, se llega por fin á Kon-Sebay; aquí tengo que dejar mi caballo y hacer una hora y media de marcha á pié. Es un ejercicio cansado, pués la montaña que hay que escalar es escarpada el sendero apenas tiene anchura para poner los piés y á veces á derecha é izquierda, hay precipicios por donde se oye mugir el agua de los torrentes sobre un cauce de roca.

El paisaje es grandioso, pero confieso que, durante la estación de las lluvias, cuando el terreno es resbaladizo como una tarima encerada y he de recibir furiosos chubascos, las hermosuras del paisaje me dejan indiferente, mi único cuidado, es llegar lo antes posible sin romperme la crisma. En ciertos lugares más peligrosos, los salvages hunden estacas para apoyar en ellas el pié y evitar los resbalones. Entre mi puesto de Pelei Maria y el de Kon Eungleh, la distancia á vista de pájaro no es muy considerable, pero, en realidad, por el camino

que yo he de seguir, hay unos 50 kilómetros. Ahí tenéis el trayecto que debo recorrer para ir á instruir á los catecúmenos, administrar y cuidar á los enfermos.

+

Médico del alma, el misionero debe curar tambien los cuerpos y añadir al ministerio del sacerdote, el oficio de Hermana de la Caridad. Los salvages no tienen la más mínima idea de la higiene y desdeñan las más necesarias precauciones. ¡ Cuántas veces he visto á pobres enfermos consumidos por la calentura ó minados por la disenteria, abandonados, solos, durante días enteros, con una calabaza llena de agua fría al lado ! Si piden alguna cosa, una fruta, verde ó ácida, maiz tostado ó pepinos, los padres les dan lo que quiren, sin reflexionar que semejantes alimentos agravarán la enfermedad. De este modo, por poco una madre mata á su hijo que estaba atacado de fiebre violenta. Recomendé mucho que se diera á los calenturientos agua de arroz ó una sopa clara de arroz para sostener las fuerzas sin originar complicaciones. Al siguiente día de mi visita, el enfermito pidió maiz tostado, alimento muy nutritivo, pero de difícil digestión. Tenía yo prohibido que se lo dieran, pero la madre accedió en seguida á los deseos de su hijo. Dos horas después, le sobrevino un acceso de fiebre muy violento con delirio y convulsiones. Vinieron á llamarme con toda prisa y salí con mi caballo á galope; administré al enfermo un vomitivo que produjo pronto una mejora apreciable y gracias á los especiales cuidados que le prodigué, mi enfermito se salvó.

Como es natural, reprendí á su madre y le demostré

las consecuencias terribles que originaba su desobediencia. Me contestó llorando, que tenía lástima de su hijo, que hacía cuatro días que no había comido y « ¿ Quereis que le niegue dos mazorcas de maiz cuando me las pide con tantas instancias? Quiero mucho á mi hijo, para negarle el alimento. » No insistí más, porque todas mis razones no hubieran sido bastantes para convencer á aquella pobre madre. »



Otro día, en el mismo poblado de Kon-Kesom, vinieron á llamarme para confesar á un jóven enfermo de gravedad. Ensillé mi caballo y salí.

Hallé á mi penitente acostado al lado de una hoguera sobre un cobertor de corteza de árbol, en una pobre choza abierta á los cuatro vientos. El infeliz estaba flaco y sucio que daba miedo; hacía un mes que no se había lavado y sus padres no tuvieron ni siquiera la idea de hacerle el favor de lavarlo. Entre los salvages, el aseo no es considerado como condición indispensable para un enfermo. Esta apatía entre los Bahnar, viene más bien de la ignorancia que de la falta de buenos sentimientos. Fuera de las úlceras, mi enfermo de Kom Kesom ofrecía mucha semejanza con el santo Job en su estercolero. Primero le confesé y luego me puse á curarlo.

Ante todo habia que lavarlo.

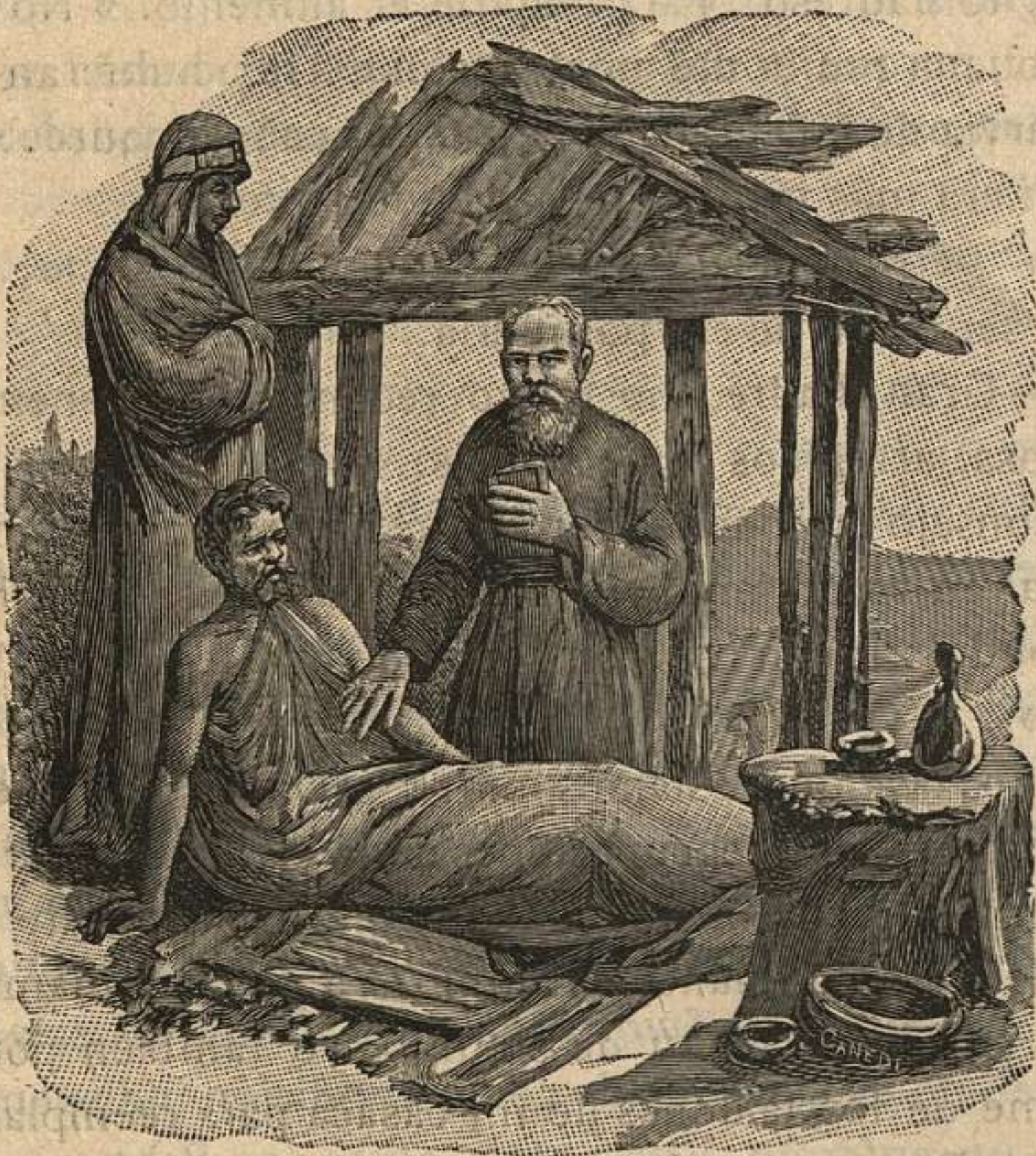
« — Que calienten agua; dije á la madre, y lava á tu hijo.

« — Gran Padre, no sabré hacerlo.

« — ¡Cómo! ¿No sabrás lavar á tu hijo?

« — Que calienten agua, luego probarás; ya veremos. »

La buena mujer mandó templar el agua en un tubo de bambú y se puso á lavar á su hijo. Sobre un pedazo de cobertor de corteza de árbol, tan sucio como los



Me llamaron para confesar á un jóven gravemente enfermo.

andrajos del Judío errante, derramaba el agua caliente y frotaba con fuerza la cara de su hijo, hacía su tarea con brio y no se andaba con remilgos; parecía que fregaba una olla ó una tinaja. Resultado práctico; el enfermo hacía muecas, el agua le chorreaba por la cara y los ojos, pero el rostro seguía tan sucio como antes. Tuve que intervenir.

« — ¡ Quitate y déjame hacer! dije á la buena madre

de familia. En verdad, no lo entiendes, voy á enseñarte como debe hacerse. Primero, dáme un poco de lienzo limpio, pués estos restos de corteza de árbol no sirven para nada.

« — ¡ Lienzo limpio ! no tenemos. ¡ Tomad gran Padre, tomad eso ! »

La buena mujer me mostraba el extremo del *languti* que servía de faja al jóven ; inútil será añadir que el tal *languti* era más negro que la piel del enfermo.

« — Pero, ¿ no vés que está demasiado sucio ? no puedo servirme de esa porquería.

« — Gran Padre, no tengo recursos, no tenemos otra cosa, arreglaos como podais. »

El consejo era bueno, pero ¿ que hacer ? Por más que miraba en torno mío, no hallaba nada. Esa casa hubiera podido tomar la razón social de « Miseria, Hambre y C^a. »

Bueno ; ya que estamos entre salvages, se puede prescindir de las preocupaciones de la civilización. Precisamente aquella misma mañana me había puesto un traje de anamita, blanco y limpio. Ya que la « mamá » quería gastar el *languti* de su hijo, yo también podía servirme de los faldones de mi casaca para reemplazar la toalla. Tan pronto dicho como hecho. Al cabo de un cuarto de hora mi jóven enfermo estaba limpio, reluciente, bien peinado, pero mi traje, antes blanco, se hallaba en deplorable estado. Cuando regresé á casa en Kan Ketou, mi criado anamita no pudo por menos de decirme :

« — ¿ De donde venís, Padre ? ¿ Habéis ido á trabajar en la fragua ? ¿ Os habéis caído en el negro lodo ? Vuestro traje está muy sucio. »

« — Vamos, hijo mio, toma tu partido y vé al rio á lavar mi vestido ; figúrate que pones en la legía el ves-

tido de un pobre, ofrece esta acción á Dios y en el paraíso recibirás tu recompensa. »

Así se hizo : mi criado bajó á la orilla del río y yo mandé al enfermo de Kom Kesom un *languti* de recambio, con algunas varas de tela de algodón y dos canastos de arroz.

Los frutos de la caridad. — El presupuesto del apóstol. Rescate de esclaves y matrimonios.

Gracias á los auxilios que he recibido, he podido aliviar muchas miserias este año. Como en muchos de mis puestos, la cosecha del arroz ha sido muy mala, me he ingeniado para proporcionar víveres á los hambrientos. Las monedas de cobre y de plata y las de oro de los caritativos amigos de las Misiones, se han trocado en tinajas, gongs, tam-tams y ollas, con lo cual he comprado arroz en los poblados más importantes ó que habían hecho depósitos desde los años anteriores. He repartido ya más de mil canastos de arroz. Pero esto no basta y hace ya cerca de un mes, un gran número de mis cristianos se ven obligados á cavar á grandes profundidades para desenterrar las raíces silvestres y los tuberculos en la selva ; á pesar de eso, no están muy melancólicos y sufren alegremente su miseria, á la gracia de Dios.

He tenido también que gastar mucho en remedios, pués los enfermos han abundado; el trancazo se ha paseado á través de mí distrito donde ha hecho gran número de víctimas. Las pulmonías, las anginas, las enfermedades intestinales, las calenturas de todas clases, enfermedades de la vista, dolor de oídos, todo eso ha agotado mi botica. Sobre todo en cierta época, mis caballos estaban rendidos de galopar por todos los

caminos y mi botiquín estaba á la última pregunta. Vuestras limosnas me han proporcionado los medios de reponer los remedios; creed que no es cosa fácil, pués si en casos urgentes me veo obligado á abastecerme en Saigon, las facturas se resienten de ello. Siempre me acordaré de un litro de tintura de yodo, por el cual tuve que pagar 32 francos; ya veis que no son palabras vanas. Cuando hay que añadir á todos esos gastos, los que necesita la construcción de una iglesia y de una cabaña para el misionero en las nuevas cristiandades, mi presupuesto se encuentra cargado de una manera inquietante y no tengo el recurso de los céntimos de suplemento para colmar el déficit.



A pesar de todo, no he abandonado la obra del rescate de esclavos y la de matrimonios; sobre todo esta última produce grandes resultados y evita graves desórdenes. Gracias pués, generosos anónimos que me habeis enviado una cantidad importante para sostenerla.

Si los trabajos materiales me dán muchos cuidados, mi solicitud es mayor aún cuando se trata de las almas; me muevo mucho y empleo toda mi energía para convertirá nuevos poblados. Mi gozo es grande cuando fundo una nueva cristiandad y coloco el crucifijo en la casa común, después de sacar las piedras fetiches. Pero con mi gozo se mezcla una inquietud; el temor de no dar abasto á mi tarea. ¿Cómo instruir convenientemente á esos nuevos conversos y asistirlos en la hora postrera?

Mis catequistas. — Dificultades.

Mi hotel en Kon-Kemo. — El precio de una estera.

La influencia del catequista.

La administración de los sacramentos á los enfermos y la instrucción de los catecúmenos son para mi, objeto de muchos desvelos. Muchas veces he vacilado en fundar nuevas cristiandades, temeroso de no poder socorrer á los moribundos y de no bastar en la instrucción de los nuevos conversos. Bien sé que en ciertas comarcas, los fieles ven rara vez al misionero y muchos enfermos se mueren sin el auxilio de los sacramentos; es una dura necesidad que hay que sufrir, pero no me atrevo á resignarme á ello.

No obstante, en las Misiones de que se trata, los cristianos pueden mantenerse en el fervor, ó incitarse á la contrición con la lectura de libros de piedad ó con las exhortaciones de los catequistas fervientes y hábiles. Pero aquí, estamos reducidos á nuestras propias fuerzas; nuestros pobres salvages no saben leer y si exceptuamos á dos pobres Bahnar que he instruido hace varios años, no conozco en mi distrito á ningún indígena capaz de exhortar á un enfermo á la contrición ó de explicar como se debe la religión. Los catequistas que he tenido que improvisar enseñan sencillamente las oraciones y las principales verdades cuyo conocimiento es necesario para su salvación, y aún no os figureis que se metan en grandes explicaciones; proceden por preguntas y respuestas como se enseña el catecismo á los niños. En eso consiste su papel de maestros, pero prestan grandes servicios. Presiden los ejercicios religiosos en ausencia del misionero; dán los santos óleos á los



Core'inchina oriental (Anam). — Nuestros cristianos.

catecúmenos que están en peligro de muerte, ván por el sacerdote para que administre á los enfermos y vigilan para que no se produzca ningún desorden en la cristiandad. Por modestas que parezcan sus funciones, son los catequistas auxiliares indispensables que es preciso escoger é instruir con el mayor cuidado, pues su exemplo tiene grande influencia en la conducta de los nuevos cristianos.

Nuestro ideal sería poseer una *escuela de Catequistas* que pudiera andando el tiempo, con el auxilio de la gracia, trasformarse más tarde en seminario; hace tiempo que pensamos en eso. En presencia de las conversiones más frecuentes de estos últimos años, el R. P. Vialleton, superior de Misión Bahnar, se ha ingeniado para establecer esta escuela.

Desgraciadamente, la buena voluntad no basta; y el proyecto no está más adelantado que hace diez años. El P. Vialleton ha explanado el emplazamiento de la nueva escuela, no falta más que edificar y tener discípulos, y Director del establecimiento con los recursos suficientes para el mantenimiento del colegio y del personal. De todos modos, no nos desanimamos; Dios sabe que esta obra es absolutamente necesaria y espero poder ver levantar ese colegio antes de morir. Lo recomiendo encarecidamente á las oraciones de los asociados á la Propagación de la Fé.



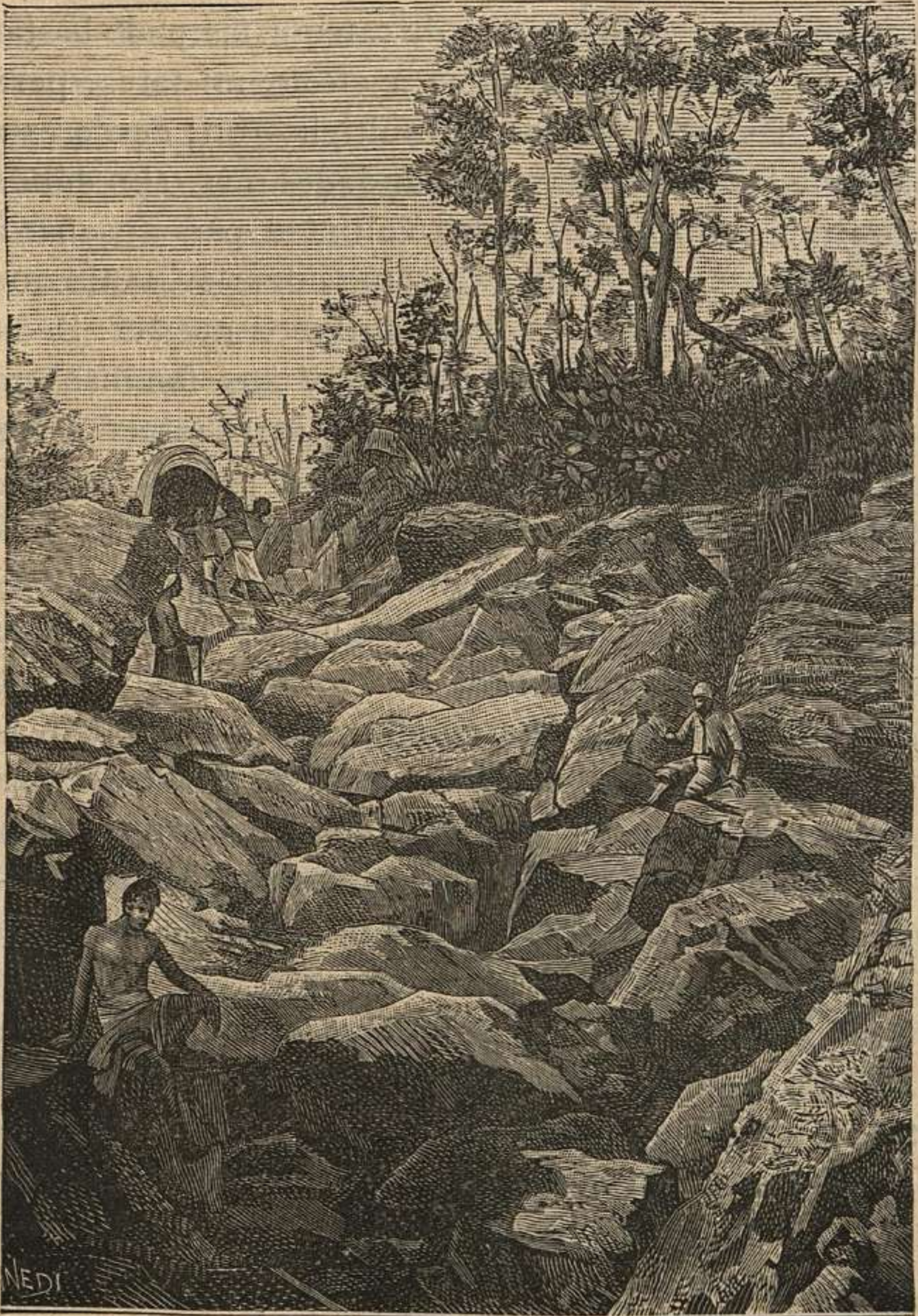
Entretanto, procuramos suplir lo mejor posible á la carencia de catequistas. Al principio, escogí en casa, algunos jóvenes con las cualidades que se requieren,

dos de ellos en particular, me hicieron bastante servicio, trabajando sucesivamente en cinco cristiandades. Mientras las conversiones de poblaciones enteras no fueron frecuentes, mi corto número de catequistas pudo bastar y moviéndome mucho, llevé á efecto mi tarea, pero en 1893, las conversiones se multiplicaron; desde esta época, he fundado nueve cristiandades más. ¿En dónde encontraré hombres de buena voluntad para enseñar á rezar? Mi casa no podía ya proporcionarlos, tenía que dirigirme á los cristianos de los antiguos puestos. Decidirlos á abandonar sus poblados y sus familias era cosa muy fácil; acerca de varios (precisamente los más capaces), mi elocuencia fracasó á pesar de la promesa de una buena recompensa. En fin, gracias á la protección de Ntra-Sra de Lurdes, los cuadros se formaron y pude instalar á un catequista en cada nueva cristiandad.

Experimenté sin embargo un gran apuro relativamente á Kon-Kemo; ningún catequista quería aceptar este puesto. El pueblo de Kon-Kemo, está situado en la orilla izquierda del Bla, á proximidad de los rápidos. El sitio es muy salvaje y los indígenas se resienten de ello.

Cuando arrojé las piedras fetiches del pueblo, había comprado por 25 francos (en telas, sal y hojas de estaño) una antigua casa común que me sirve todavía de habitación; naturalmente, los muebles brillan por su ausencia. El pavimento y los tabiques son de bambú trenzado; el techo es de paja. He aquí mi instalación. Ni siquiera disponía de una humilde estera para extenderla sobre los bambús rajados y aplastados que constituían el suelo. Este detalle no me preocupaba mucho, porque los salvajes suelen ofrecer á sus huéspedes para pasar la noche, una estera que se

devuelve luego á su dueño cuando se abandona la población. Esperaba pues con razón que la gente de



El sitio es muy salvaje.

Kon-Kemo se portaría bien con su misionero. Yo había venido con varios jóvenes, de los cuales tres

llevaban en canastos mi modesto equipage. Al llegar á mi casa, me instalé en el suelo y esperé. Pasaron dos horas y no llegaba nadie. Mandé á mi criado anamita que me trajera una estera, y le contestaron :

« — No hay estera disponible. »

Me dirigí á los viejos del pueblo y me dieron la misma contestación.

« — ¿Cómo? repliqué, ¿ no encontraréis entre todos una estera prestada para pasar la noche? No quiero llevármela; os la devolveré mañana por la mañana.

Un jóven contestó sin embages :

« — Yo tengo una estera, pero pido por ella dos hojas de estaño.

« — ¿ Porqué dos hojas de estaño?

« — Mi estera mide siete piés de largo, es nuevecita y me cuesta dos *mat* (veinte céntimos).

« — Pero, so aseguro que no quiero llevarme la estera, os la pido prestada por una noche, mañana os la devolveré.

« — ¡ Nada, nada, son dos *mat*! »

Y mi indígena no quiso saber nada.

Como semejante proceder no suele emplearse en el país, no quise someterme á él; me quedé con mis hojas de estaño y el jóven de Kon Kemo se quedó con su estera. Habria podido mostrar mi descontento á mis nuevos feligreses; pero hay circunstancias en que es preciso tener paciencia y ser bueno; asi se tiene después más fuerza para hablar alto cuando es preciso. Por otra parte, tanto me importaba el acostarme en aquel suelo; estaba habitado por numerosas colonias de chinches, los salvages me lo advirtieron.

No tardé en ver que aquella advertencia no era exagerada. Me dirigí pués á mis muchachos de Kon Ketari :

« — ¡ Vamos, muchachos! coged la hoz y cortadme

unas ramas de bambú, las extenderemos por el suelo y eso reemplazará la estera que la gente de Kon Kemo se niega á prestarme. »

Dicho y hecho; esa espesa capa de hojas formaba un colchón mucho más suave que una sencilla estera y pasé una noche excelente sin verme muy altormentado por los batallones de chinches. Mis compañeros, no más favorecidos que yo, fueron á acostarse sobre la arena á la orilla del Bla. Para consolarlos les pagué una buena comida que consistía en un perro bien gordo, que guisaron con pimienta y gengibre.



Esta recepción poco hospitalaria indispuso á los cristianos contra los habitantes de Kon-Kemo; nadie quería aceptar el cargo de catequista en dicho pueblo. Resolví el ir á instalarme allí yo mismo, cuando N^{tra} S^{ra} de Lurdes vino en mi auxilio. Un muchacho de Kon Ketu, recién casado consintió en expatriarse con su mujer, pero estipulando de antemano que no se quedaría más que un año en Kon Kemo, tendría que instruir á los hombres y su mujer instruiría á las mujeres, recibiendo por salario 25 piastras, pagadero un mercancías como sigue :

Un juego de *Gongs* de cuatro piezas, una grande, una mediana, una pequeña y una muy pequeñita, doce varas de tela de algodón (comprada en los almacenes del Bon Marché), además unas hojas de estaño y abalorios. Naturalmente, en eso no ván comprendidos los gastos de manutención y mantenimiento que corren á mi cargo.



Este catequista era un hombre inteligente y enérgico, de palabra fácil, y contestación pronta, representando su papel por lo sério, no se dejaba intimidar fácilmente



El salario era pagadero en mercancías.

y enseñaba la lección á los viejos como á los jóvenes. Haciendo de profesor de maneras distinguidas y elegantes, advertía á las gentes de Kon-Kemo que el misionero era su Padre y su jefe, y que no debían tratarme menos cortesmente que á otro extranjero. Estas lecciones dieron fruto; quince días después cuando



fuí á visitar á mis nuevos feligreses, encontré al jefe del pueblo esperándome con cinco esteras en lugar de una. Naturalmente, no me quedé corto en cortesía y les di hojas de estaño y collares de abalorios, sin que me los pidieran. Actualmente, los cristianos de Kon-Kemo no son peores que otros.

El viejo Django. — Un mismo corazón con Dios.

Los salvajes de nuestras selvas son grandes muchachos y hay que tratarlos como tales; con firmeza, sin duda, pero también con paciencia. A veces tienen contestaciones extraordinarias de candidez. Exemplo, la réplica de un tal Djang de Kon Heuieul : es un viejo picaronazo de estatura regular, algo flaco, canoso, con una cara de orangutan con arrugas, dos ojos brillantes debajo de unas cejas espesas, una boca muy grande y además un aire socarrón, pero no malo, siempre tiene alguna broma que contar para hacer reir á sus oyentes. El viejo Djang es « por lo general », del todo inofensivo, hasta muchas veces se mete en poner de acuerdo dos aldeas ó dos familias reñidas. He dicho « por lo general » pues cuando ha bebido (y bebe á menudo) este hombre alegre y pacífico, se transforma en guerrero feroz y á veces en loco rematado. Ya veis que semejante catecúmeno no ha sido bautizado y tardará en serlo, por que él mismo confiesa que es incorregible; por eso no deja de llamarse *perfecto cristiano* y fiel hijo de Dios. Si no se le cree, hace el signo de la cruz y recita todas las oraciones que sabe; las primeras palabras del *Pater* y la mitad del *Ave Maria*. Ya veis que esto es una prueba

convinciente; atreveos después de eso á decir que no es un « perfecto cristiano ».



Un día que yo estaba discutiendo con él sobre esta grave cuestión y que me había replicado como solía hacerlo, le dije :

« Djang, tu te preparas á una triste eternidad en el fuego del infierno, en medio de los demonios; Dios te castigará.

« — ¿Porqué me ha de castigar Dios, yo que tengo *un mismo corazón con El?*

« — Dios te castigará porque te emborrachas como un bruto y no quieres enmendarte.

« — ¡ Oh! ¡ a sí hablais de eso! ¡ cómo si Dios no me conociera *desde siempre!* Dios sabe bien que Djang no puede beber sin emborracharse y no me reñirá por eso. No tengais cuidado. ¡ Qué el Padre me bautice ántes de mi muerte, y Dios me mandará á su Paraiso!

Aquel mocetón me dejó para ir á probar el vino jóven; Es evidente que la embriaguez le parece un pecadito enteramente excusable; Dios no puede prohibir eso al viejo Djang so pena de muerte eterna, otros muchos tienen la misma convicción que ese *perfecto cristiano* de Kon-Hemieul ¡ Qué Nuestra Señora de Lurdes los ilumine y enmiende!

Los licores fermentados.— Obstáculo al apostolado.

Un programa de fiesta religiosa. — Influencia cristiana.

Esa pasión por los licores fermentados es general entre los salvages; es un grande obstáculo para la conversión

de esos pobres Bahnar. A menudo he predicado á las gentes de una población pagana llamado Kon-Selal; les he hecho muchos favores mostrándome generoso en todas las circunstancias. Todos los esfuerzos para convertirlos han sido inútiles. El jefe me contestó un día :

« — Mire V. Gran Padre, pierde V. el tiempo y el trabajo (Ih belho nion lap dik); queremos seguir siendo paganos, porque queremos emborracharnos como nos plazca; à ello estamos acostumbrados desde nuestra infancia. »

La misma objeción me hacían las gentes de Kon-Long Bouk; con estos, sin embargo he sido más afortunado. Después de fijar la época en que yo debía ir á su pueblo para arrojar á los fetiches, los habitantes de Kon-Long han venido á tomar parte á una fiesta en el pueblo de Kon-Tiang; entre ellos se decían : « Hoy hemos de coger una buena y embriagarnos á más no poder; más adelante el Padre no lo permitirá. »

Este programa poco edificante fué cumplido al pié de la letra y las gentes de Kon-Long-Bouk se despacharon tan á su gusto que varios quedaron tendidos en los caminos y rodaron por los torrentes á los barrancos, volviendo á sus casas. Un hombre honrado se hubiera roto la cabeza diez veces seguidas en tan peligrosos resbalones, nuestros beodos salieron solo con erosiones sin gravedad. La Providencia vela por los borrachos.



No obstante, he de confesar que la influencia del misionero se hace sentir en los pueblos cristianos aún en los días de gran bebida. Hay una notable diferencia

entre la conducta de los cristianos y la de los paganos; la gracia de Dios opera un trabajo eficaz en el alma de los conversos, podemos juzgar de ello por comparación. Por eso cuando mi alma está más triste, cuando siento que me invade la impaciencia durante los días de ciertos regocijos en que los salvages beben largo rato y en abundancia, me digo que el cambio radical de las costumbres no se hace en un día. Es un trabajo de grandes alientos; es menester que el sacerdote predique, trabaje, sufra y rece. Pero el misionero nada puede sin la gracia: todos sus esfuerzos son vanos si Dios no cambia los corazones. Rezad pues mucho para que la gracia de Dios venga á fecundar nuestros trabajos.

Mis esperanzas : hermosas palabras de niño.

Caida pintoresca.

Por otra parte, si tengo que sufrir mucho, también tengo consuelos, estos vienen de la juventud que forma mi esperanza en lo futuro : *spes messis in semine*. La primera vez que fui á Kon-Sebay, para sacar los fetiches, los cristianos de Kon-Dop me acompañaron. Dos muchachos de 13 á 14 años quisieron seguirme de todos modos. Consentí en ello difícilmente, pues temía que les sucediera algo, sobre todo al pasar los torrentes. Allí donde el agua me cubría hasta la cintura, á ellos les llegaría á los sobacos. La corriente era muy rápida y mis dos pequeños cristianos podían ser arrastrados por ella.

« — Quedaos les dije, temo que os suceda alguna desgracia; podeis perecer al pasar los torrentes. »

El más pequeño me contestó :

« — Gran Padre ¿qué desgracia puede sucedernos? Hemos comulgado esta mañana y si nos morimos en vuestra compañía *para los asuntos de Dios*, El nos abrirá el cielo y ganaremos aún más. »

Palabras llenas de espíritu de fé; hermosas en boca de un niño bautizado hace un año.

Permití que me acompañaran mis dos pequeños cristianos porque un hombre del pueblo me dijo :

« Dejad que os sigan, Padre, saben nadar como los peces. »

Eso me tranquilizó y en efecto, no ocurrió ninguna desgracia. Yo fui el más maltrado; los caminos eran malos y las sendas resbaladizas para viajar á caballo. Dejé pues mi corcel en Kon-Dop é hice el camino á pié. Salíme del aprieto con algunas caídas y dos resbalones; el último me hubiera podido ser fatal; cuando me sentí caer tuve aún tiempo de dar media vuelta y caer de espaldas. Eso me permitió comprobar la ley de la *caída de cuerpos graves*, cuya velocidad aumenta en razón directa de la masa y en razón inversa del cuadrado de la distancia. Sin la especial protección de la Virgen santísima me hubiera podido lastimar gravemente, pues el resbalón tuvo lugar en un campo cuyo suelo estaba lleno de troncos endurecidos por el fuego, algunos de los cuales se rompieron por el peso de mi cuerpo, pero no tuve otras averías que las anchas heridas de mis pantalones y otras dos menos graves en los forros. Cuando vieron los salvages que me levantaba riendo de buena gana, ellos se pusieron á hacer lo mismo, y el picarillo de quien yo hablaba hace poco, me dijo maliciosamente :

« — Padre, no hay que tener miedo del torrente, sino de la montaña. »

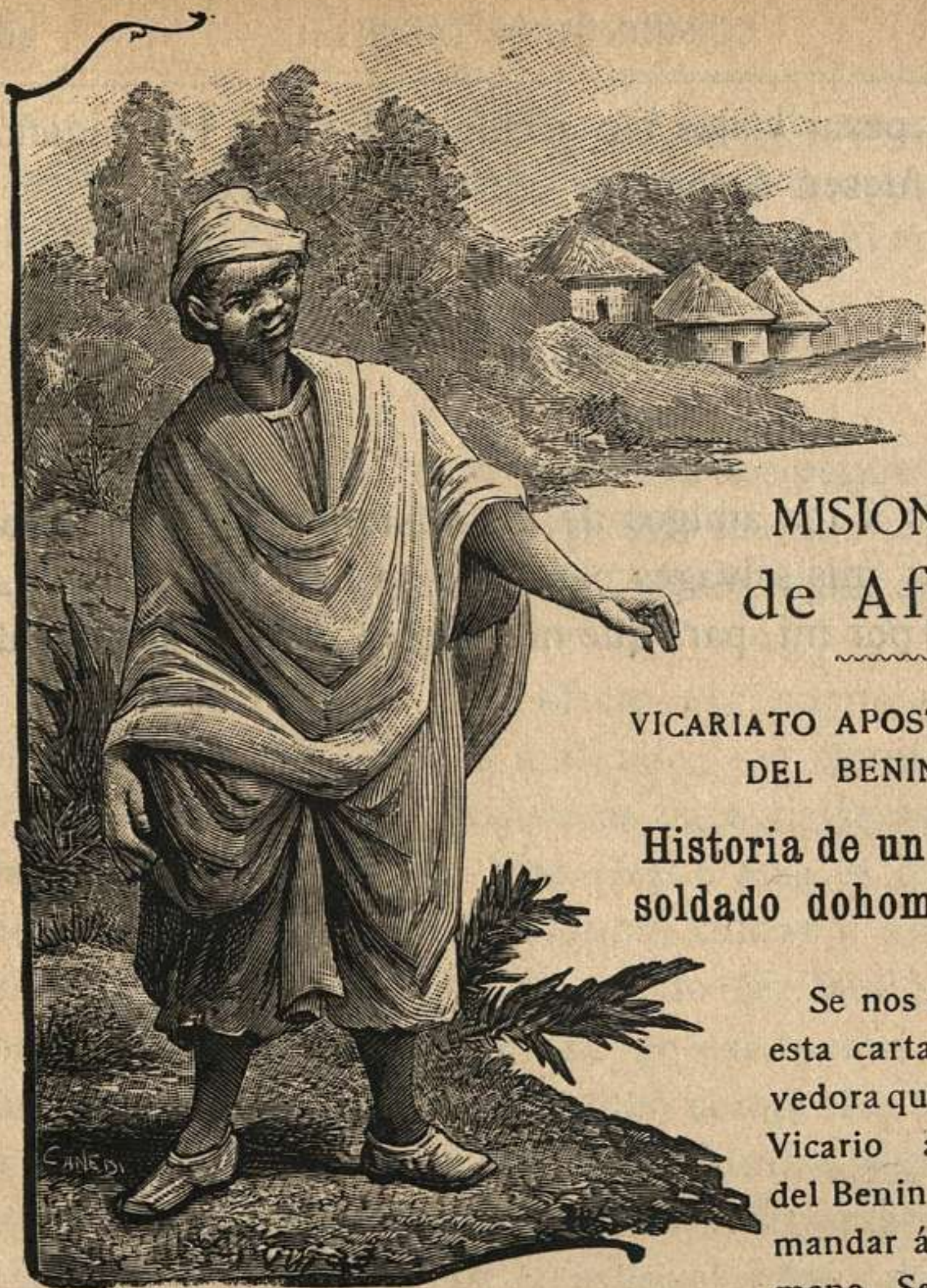
Ah, picarillo, ¡viva la alegría! De buena gana volve-

ría á empezar viajes tan accidentados con la condición de que fuesen coronados con el mismo éxito.



Ruego á los amigos de los Misioneros que se sirvan rezar por mis salvages para que se hagan buenos cristianos y por mí, para que me vuelva *dulce y humilde de corazón*.





José, el viejo soldado dahomeyano.

MISIONES de Africa

VICARIATO APOSTOLICO
DEL BENIN

Historia de un viejo
soldado dohomeyano

Se nos comunica esta carta conmovedora que el nuevo Vicario apostólico del Benin acaba de mandar á su hermano. Se leerá con interés y emoción

la historia de la carrera tan accidentada y coronado por un fin edificante del viejo soldado dahomeyano.

CARTA DE MONSEÑOR PELLET

DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LION, VICARIO APOSTOLICO DEL BENIN

A su hermano, el R. P. ESTEBAN PELLET

Lagos, 21 de Enero de 1896.

Los criados están arreglando mi hamaca para mi viaje al interior del Vicariato, ya estoy listo, pero ellos aún

nó. Aprovecho la ocasión de su retraso para hablaros de un buen amigo que acabo de perder.



Al marcharse de este mundo, me dejó el consuelo de saber que había muerto en tales disposiciones, que, seguro estoy de ello, ya está al lado de Aquel que prometió su cielo á las almas rectas y sencillas; á los hombres de buena voluntad.

Este amigo, José, era un anciano; como todos los de su país, ignoraba su edad y como todos se hacía más viejo de lo que era en realidad. A creerle, tenía 160 años: soponiéndole la mitad, estaremos aproximadamente en lo cierto.

No era hombre ordinario José; tenía su historia y sabía contarla. Dahomeyano de origen, siguió desde muy pronto la carrera de las armas tan honrosa en su patria. Había servido á los ordenes de Ghezo y de su antecesor cuyo nombre no recuerdo. Más tarde, abandonó el ejército del Dahomey y se alistó en las banderas del rey de Lagos, Kosoko. Mandaba una compañía de indígenas cuando bombardearon á Lagos los ingleses. Algunos años después se encontraba sirviendo á los vencedores en la guerra contra los Achantis.

Después de esta campaña, se retiró á Lagos su patria adoptiva y no pensó ya en coger las armas, ó mejor, no pensó en ello más que una vez; fué cuando la reciente expedición de los franceses al Dohomey. Este nuevo Priam quiso defender á su Patria contra los invasores. Con muchos trabajos se logró hacerle comprender, que su patria si había de ser salvada, había de serlo por otros brazos que no los suyos.



José, trabó relaciones de amistad con uno de nuestros cristianos. Hace algunos años, el soldado viejo cayó gravemente enfermo. Su amigo habló de él al P. Galland, quien lo halló bien dispuesto y empezó, inmediatamente á instruirle; poco á poco el enfermo recobró la salud. Se convino en que vendría con regularidad de tal á tal hora á la Misión, para aprender el catecismo; también se convino en que su mujer iría á instruirse á casa de las Hermanas. Los dos cumplieron perfectamente lo prometido y abandonaron todos sus fetiches, tuvimos luego el consuelo de bautizarlos juntos. Al día siguiente, quedaron casados. Después de la ceremonia subieron á la Misión para expresar su felicidad y dar las gracias. En medio de su jovialidad, el viejo dijo á su nueva esposa.

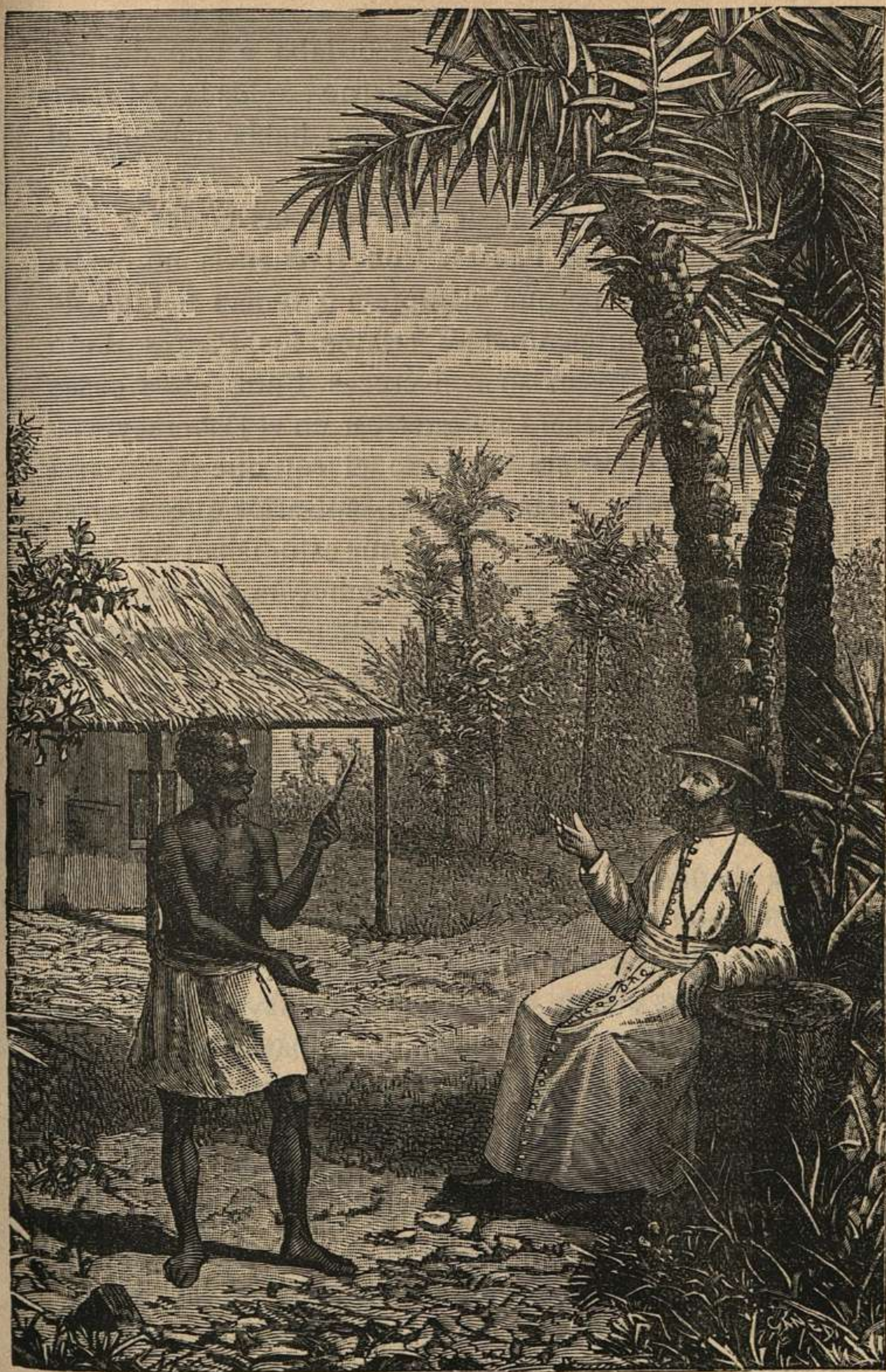
« — Cuando uno se casa, querida mia, hay que bailar, bailemos pués delante de los Padres. »

¡ Qué placer el nuestro !



Al siguiente día, hicieron su primera comunión con señales inequívocas de la fé más viva y de la más tierna piedad. Desde entonces se han acercado á los sacramentos con regularidad y frecuencia. Daba gusto verles rezar; aquello era una verdadera plática.

Como ya he dicho, José sabía contar su historia; aquello era el soldado viejo alegre y decidor, cuando



Costa del Benin, Mons. Pellet y el viejo José.

recitaba sus campañas. Me recordaba á uno de mis viejos tíos en las veladas de invierno ; soldado del ejército de Napoleón ; en sus labios no había más que el relato de sus campañas.

José venía á menudo de visita por las tardes á casa de sus amigos, los Padres. Con frecuencia no podía estar de visita porque siempre no tenían tiempo de escuchar sus interminables relatos los Padres. Pero otras veces se resarcían con creces. Entre otras cosas nos contaba la manera de guerrear en el Dahomey.

He aquí la manera : cuando el rey queria entrar á saco en un pueblo, mandaba á él, emisarios que se sucedían durante varios días y al par que estudiaban el pueblo anunciaban que el ejército dahomeyano se acercaba ; que lo habían visto en tal sitio, luego en tal otro y en fin en un tercer punto muy cerca de allí. La gente se guarbaba de comprobar los dichos y cundía el pánico. Entonces, otros emisarios decían que el ejército se había vuelto atrás y tomado tal dirección, que se hallaba en tal sitio lejano, luego mucho más lejos y por fin, que había abandonado la idea de atacar la ciudad. Cuando la población se creía en seguridad, y mientras se entregaba á la alegría, el ejército de Dahomey se aproximaba por pequeñas etapas, por la selva y á favor de la oscuridad, rodeaba la ciudad por todas partes y allá á las dos ó á las tres de la madrugada, los soldados dahomeyanos se introducían por las murallas y por todas las puertas á la vez, después de matar á los centinelas, y daban el grito de guerra ; ¡ Dahomey, Dahomey ! El pánico y la confusión eran entonces indescriptibles y por lo general nadie intentaba defenderse. Todos trataban de huir, pero en cada puerta había un fuerte piquete de Dahomeyanos provistos de cuerdas y tenían la orden de atar á todos los que tratasen de huir y de

matar à los que intentaran resistir. Llegado el día, registraban la ciudad, para apoderarse de los esclavos y luego la entregaban al saqueo y al incendio.



Llevados los esclavos al Dahomey se dividían en dos categorías : la gente válida que había de venderse en beneficio del rey; los ancianos y enfermos que se reservaban para víctimas de los sacrificios en holocausto de los antiguos reyes de la época de las Grandes Costumbres.

Nuestro José había hecho este oficio de bandido, pero cuidaba de decir, que no había maltratado jamás ni á una mujer ni á un niño y que compartía su comida con los esclavos cuya custodia le confiaban.

Después de contarnos, hasta en sus menores detalles el saqueo de Ketou, de Okiadan y de otras cien villas, le preguntábamos :

— ¿ Y Abeokuta ?

« — ¡ Ah ! allí no fuimos afortunados. Hemos tratado de tomar la capital de los Egbas, sin éxito, y la segunda vez, hemos huido como gallinas ante los Egbas, que habían verificado una salida. Mis compañeros se dieron á la fuga y mientras yo seguía disparando, oculto en la espesura, aquellos se alejaron á todo correr ; y yo, hallándome solo ante el ejército enemigo, me escapé á través del bosque. Mis compañeros estaban lejos y si hubiera regresado al Dahomey me habría cabido la suerte de los desertores y me vine á Lagos.

« Pero (añadía en seguida) no había tirado mi fusil. El rey de Lagos estaba en guerra con los ingleses ; le ofrecí mis servicios, me hizo *capitano*, y con mi com-

pañía sostuvo el sitio de Lagos. Los ingleses trajeron al rededor de la villa algunas piráguas armadas en guerra, y desde ellas tiraban á las casas. Yo y mis hombres nos abrigamos detrás de unos montones de maderos y tirabamos contra las piraguas inglesas. »

En eso, José imitaba el ruido del tiroteo, el estruendo de los cañones y el silbido de los obuses y luego emprendía su historia. Varios de sus hombres quedaron muertos, pero aún quedaban balas y el barril de pólvora que tenían en medio de ellos no estaba vacío. Los vivos seguían el fuego á pesar de las ametralladoras enemigas.

Peleabamos hacía tiempo; las casas ardían por todas partes; las mujeres y los niños daban gritos de espanto; se empezaba á huir por el lado de Ikogi para ocultarse en el bosque. De pronto, un destello deslumbrante, un ruido espantoso, un vivo dolor, José caía sin conocimiento.



Cuando volvió en sí, se hallaba en la choza de uno de sus compañeros de armas, cubierto de heridas. Entonces supo que los ingleses habían dejado sus cañoneras y habían recorrido toda la ciudad de la cual eran dueños después de tres días. El barril de pólvora de donde se surtían José y sus hombres había volado y herido al bravo capitán y más de uno de sus compañeros.



Os ahorro el relato de la campaña contra los Achantis en la cual José servía como soldado inglés. Me bas-

tará deciros que recibió una gloriosa herida bajo los muros de Cumasie, se batió tan bien, que fué citado en el orden del día y la reina de Inglaterra le mandó una medalla de plata.

Esta medalla era su orgullo, la limpiaba con regularidad y estaba siempre muy brillante. También solía



Cada domingo teníamos un penique muy reluciente.

limpiar el penique que ponía en la bandeja durante la colecta. Cada domingo teníamos un penique muy reluciente entre medio de los otros. Al preguntarle porque se tomaba ese trabajo, nos respondía :

« — Ah, cuando yo doy un penique á un negro, no

lo limpio, pero no quiero dar á Dios, peniques que no estan limpios.



En sus visitas cuando había concluido su historia, se recogía :

« — ¿Y si yo hubiéra sucumbido en uno de los numerosos peligros que he corrido, en donde estaría ahora? ¿Y si vosotros Padres no hubieseis venido á enseñarme la verdad, á donde iría yo?

Entonces se ponía de rodillas y juntaba las manos :
« *Mo doupe l'auro Oloroun* » (doy gracias á la mano de Dios) exclamaba.

¡Y el pobre José ya no existe! En su choza hay colgados en la pared, un antiguo fusil de chispa, una medalla de plata y en el sitio de honor, un crucifijo.

EL AURES Y LOS CHAUIAS



Un Chauia

ARCHIDIÓCESIS DE ARGEL

Las valientes religiosas que comparten con los misioneros, las fatigas gloriosas del apostolado en los países más lejanos, nos mandan á veces relatos del mayor interés. La noticia siguiente sobre los Chauias de Argelia se recomienda, tanto más, á la atención cuanto que se refiere á un pueblo casi desconocido.

EL AURES Y LOS CHAUIAS

Por una Hermana Misionera de Nuestra Señora de Africa.

(Hermanas Blancas)

¿No es sorprendente el encontrar en el centro de Argelia, un pueblo atrincherado en sus montañas, tan poco conocido, como es la tribu berber de los Chauias?

El Djebel Aurès donde habitan estos montañeses es el gran macizo del Atlas del Sahara que se extiende entre Batna y Biskra al Oeste, y Tebesa al Este; comprende

una série de sierras cuyo punto culminante el Djebel-Chelia llegó á 2312 metros. Es en un ancho valle, situado á 1400 metros de altitud que las hermanas blancas han establecido el año pasado el hospital indígena de San Agustín al pie del pueblo de Arris y en el centro de una tribu berber tan interesante por sus caracteres distintivos, como curiosa por sus costumbres, muy diferentes de las de los árabes y hasta de las otras razas del mismo origen berber.

Los Chauias tienen su lengua diferente, es un dialecto que deriva del mismo origen que el Kabila, pero que exige sin embargo un estudio especial. Es tanto más complicado, cuanto que dicha lengua no se escribe, ni tiene aún gramática ni diccionario. Los misioneros trabajan actualmente en formar los rudimentos indispensables al estudio de esa lengua; pero sus averiguaciones son tanto más arduas, cuanto que los *talebs* (sabios) son poco numerosos entre nuestros montañeses, y solo rara vez pueden comprobar acerca de algunos caídos, la exactitud de las reglas y el sentido justo de las palabras y expresiones.

Los Chauias se distinguen de todos los pueblos del Africa del Norte, por la nobleza y la dignidad de su carácter. No le pidais al Chauia que os alquile sus servicios; no trateis de regatearle los objetos que quiere venderos, pues os contestaría aproximadamente lo siguiente :

« Te haré los favores que deseas, pero no quiero dinero tuyo, si no quieres darme lo que te pido, tómalo todo de balde. »



La honradez, la justicia, son también sus virtudes distintivas, el robo es desconocido entre ellos, una pul-

sera de oro se encontraría en un bosque, como entre los normandos, en tiempos del duque Rollon. Como prueba de lo que afirmo, ahí vá el hecho siguiente. Llegabamos una tarde al hospital de Arris. Nuestros arrieros depositaron sobre la carretera nuestros bultos y se fueron sin decir una palabra. Nadie se apercibió de ello, ni penso en retirar de allí nuestros equipages. Al día siguiente, nos advirtieron tan singular olvido. Muchos Chauias habían pasado por esta carretera, pero nadie había tocado el menor paquete.

El Chauia es por lo general monogamo y su mujer tiene una autoridad soberana en la familia. Ella es quien guarda muchas veces la bolsa común y quien manda en casa; si es madre es muy respetada y rodean su vejez con toda clase de miramientos como en los países cristianos y civilizados. Este detalle es muy característico, pues no conozco ningún pueblo de Africa donde se dé este caso. Por consiguiente, las mujeres chauias no están reclusas ni ván cubiertas con el velo; salen con toda libertad, los hombres las acompañan, al revés de los usos árabes; acostumbradas desde la infancia á hacer los recodos y los trabajos de casa, se muestran siempre vestidas al parecer de una manera irreprochable. Eso no quiere decir que las costumbres de este pueblo sean más puras que las de sus vecuios, pues pasan, al contrario por más corrompidas.



Los Chauias practican con gusto la hospitalidad y se muestran siempre buenos y corteses en sus formas, no les oiréis disputar entre ellos, pero quieren ser tratados con los mismos miramientos.

Como en tiempos del rey Salomón, no ván nunca á visitaros sin traeros regalos ; huevos, dátiles, miel, calabazas, uvas. Pero si en cambio de eso, les ofreceis alzo, lo rehusan desdeñosamente. « No necesito nada te doy, por que te quiero y no para que tú me dés. »

Son ricos todos, de hecho, entre ellos no hay pobres ; para vivir se contentan con poco y todos tienen este poco en abundancia. Sus riquezas consisten en rebaños y huertas. Cultivan los cereales y cada uno posee un vergel donde crecen nuestros árboles frutales mezclados con la vegetación africana. Los albaricoqueros y los nogales se mezclan con los granados y los limoneros. Los albaricoques sobre todo, son para ellos un gran recurso ; los hacen secar como nosotros hacemos con las ciruelas de Agen (Francia) y hacen cambios por dátiles de Biskra y estos con la galleta de puro trigo, forman la base de su alimentación.

Una de las principales riquezas del país, son los mulos que sirven en el comercio, pués los Chauias cambian continuamente sus cosechas de todas clases con los pueblos del Sahara. Los Chauias son perezosos, esperan de la fertilidad del suelo el objeto de su comercio y se toman poco trabajo para cuidar mucho sus cultivos. Entre ellos las mujeres son más trabajadoras que los hombres.



No tendreis una idea aproximada del carácter de los habitantes del Aures, hasta que os diga que sobre todas las cosas, les gusta la vida nómada. Sus pueblos, bastante bien contruidos están casi siempre desiertos. En el centro de cada uno de ellos, hay una especie de for-

taleza que se llama *glá*; esta extensa construcción, que domina siempre casi todas las habitaciones agrupadas en torno suyo, se construye con fondos comunes y se confía á un guardian. Cada habitante posee en ella una celda donde encierra las riquezas de su casa cuando se ausenta. De este modo puede viajar tranquilo cuanto quiere, después de cerrar las puertas de su casa desa-



Un matrimonio Chauia.

moblada. Lleva consigo su familia y sus mulos, burras, carneros ó cabras y desciende á las llanuras á instalarse bajo la tienda para vivir en ello como un patriarca. Cuando se le antoje regresar á su país, recogerá sus bienes y volverá á amoblar su casa.



Es pues en medio de esta interesante población que las Hermanas misioneras de Africa han empezado su apostolado por medio de un hospital. Esta obra presentaba facilidades y obstáculos.

El trato amable, la acogido llena de cordialidad de los Chauias allanaba las dificultades de la instalacion; luego, asi como en otras partes los indígenas no nos buscan más que cuando nos necesitan, para curar sus enfermedades ó para pedirnos limosna, estos de aquí, venían á nosotros, por mera curiosidad, para vernos, conversar con nosotros y hasta hablarnos de religión, pues los Chauias son muy piadoso sin ser fanáticos. Todos al rededor del cuello el rosario mahometano y lo dicen muchas veces cada día; ninguno dejaría de salir á fuera para hacer sus postraciones y oraciones.



Los Misioneros vinieron á plantar su tienda á Arris, dos años antes que las religiosas y comenzaron inmediatamente su ministerio, cuidando á los enfermos. La fama se extendió á lo lejos; los Chauias venían á agrupar sus tiendas en la vecindad de la morada de los Padres para seguir los tratamientos indicados para sus dolencias. Se reunieron hasta 80 tiendas en el valle.

Los indígenas llamaban al superior *Sidi Marabut*, y tuvo sobre aquellos tal influencia que se dirigían á él para que fuese juez de sus debates. Cuando estuvo construido el hospital, vinieron las Hermanas á insta-

larse en él. Cuando abrieron las salas á los enfermos se tomaron por asalto, pero se encontraron con dificultades. Estos enfermos mejor cuidados en sus casas que los árabes, á los cuales solemos dirigirnos, se quejaron de los alimentos, querían alcuzcúz, la galleta tradicional y nó el pan francés, el arroz y las judías.

« Vengo por tus remedios y nó por tus alimentos », decían desdeñosamente.

Se mostraban exigentes para todo. Además, acostumbrados á la vida nómada, no podían sufrir el estar encerrados; su naturaleza independiente no se doblegaba á la disciplina y al reglamento y preferían venir al dispensario á instalarse en el hospital. Así es que después de tener las salas llenas los primeros días, se fueron vaciando con la misma rapidez. Para conservar la confianza, tuvimos que hacer concesiones.



En el dispensario, el éxito fué completo; un gran marabut, al venir á hacerse curar sus llagas, traía un plato de miel y hacía mil cumplidos á los Hermanas.

« — Yo, papá de tí, y también de tí y de vosotras todas, » decía designándolas con gesto expresivo.

En una excursión, una hermana curaba los ojos á un niño, cuando un muchacho le presentó su mulo.

« — Este también tiene los ojos malos, pónle el remedio. »

Riéndose de la aventura, la hermana lo satisfizo; muy pronto un hombre vino con su cabalgadura que tenía una llaga en una pierna, y he aquí á nuestra querida hermana hecha un veterinario de 1^{ra} clase.



No concluiré sin hablar de nuestra amiga Fathma, mujer del caid de Arris. A nuestra llegada, nos hizo en su casa una magnífica recepción y tuvimos que aceptar una cena sazónada con mucho color local. Habiendo venido á vermos, nos pidió la dejáramos visitar la casa. Se lo concedimos y á la vista de un gran Cristo colgado en la pared, nos hizo muchas preguntas. Entonces le hablamos de *Sidna Aissa* (N.-S.-J.-C.)

« — Es la primera vez que me hablan de eso, nos dijo con admiración. Y ¿quién es *Lala Meriem*? (la santísima Virgen) ».

Después de algunas explicaciones sobre la Sagrada Familia, hablamos de otra cosa, pero Fathma no quería saber nada. Nuestro Señor era el objeto de todos sus reflexiones y preguntas.

Al día siguiente, volvió á vernos otra vez y lo primero que nos dijo fué.

« — He hablado de Sidna Aissa al caid. »

En efecto, me ha dicho que era hermoso como el sol, que su madre Lala Mariem era virgen y que Don José no se ocupaba más que en proporcionarles el pan :

Y ahora, lo que pedimos á nuestros lectores es una oración para este pobre pueblo, por cuya salvación hemos venido á trabajar.



Paisage egípcio.

Un copta en oración.



MISIONES DEL ALTO EGIPTO

En su solicitud por las Iglesias orientales separadas de la comunión romana. SS. el Papa León XIII, dirigía últimamente a los coptas las invitaciones más paternales. Parece que bajo la acción del Espíritu Santo, un movimiento hacia la Santa Sede apostólica se vá manifestando más y más entre los fieles de la gloriosa Iglesia de San Marcos. La relación siguiente, tan conmovedora, es significativa bajo este concepto y demuestra los progresos que ha hecho ya entre las poblaciones del Alto Egipto la idea de su reunión al centro del catolicismo.

La primera Comunión de los Hijos Miuiéh

CARTA DEL R. P. NOURRIT

DE LA COMPANIA DE JÉSUS, MISIONERO EN MINIEH

La ceremonia que acaba de tener lugar aquí ha sido notable, no solo por el número de los primeros que toman la comunión, y por la afluencia realmente extraordinaria de fieles en la iglesia, que nunca estuvo

tan bien adornada, sino por el hecho de que, sobre 50 que comulgaban, 4 son de origen cismático, pertenecientes á familias que lo son aún, pero que han consentido en dejar pasar á sus hijos al catolicismo.

Este hecho, importante en sí mismo, es de notar, como prueba del fruto producido por las escuelas y y sobre todo, como indicio de las disposiciones cada vez más pacíficas, y hasta benévolas de los Coptas no unidos, con respecto al catolicismo. Digo exprofeso *Coptas*, pues los demás disidentes están muy lejos de nosotros bajo el concepto religioso. Nuestros brazos se tienden á todos, pero hasta aquí, entre los diversos elementos de la población cristiana, los Coptas no unidos, parecen solos responder á nuestras intenciones.

Esta primera comunión preparada por catecismos prolongados durante seis meses, precedida de un retiro de tres días, se hizo con una piedad que á todos ha sorprendido. No esperabamos ver á todos esos atolondraditos, enemigos de toda molestia y amigos del desahogo hasta un punto extraordinario, plegarse con esta unanimidad y generosidad á las exigencias de un reglamento de retiro. No esperabamos verlos entregados al trabajo de la gracia, dejarse impregnar por ella hasta el punto de dejarse transformar por algún tiempo en pequeños Estanislao ó Luises de Gonzaga.

Sin embargo esta cosa tan imprevista se ha realizado, de ello hemos sido felices testigos y os diremos algo sobre el particular.



Cuando fué cuestion de la primera comunión, vacilamos un poco; no pensabamos más que en los cató-

licos ¿Pero que hacer con ellos? 2 muchachos y 3 á 4 muchachas ¿Qué hacer con tan pocos? Esperaríamos el año siguiente para tener más! Pero, el año anterior, por el mismo motivo omitimos ya la primera comunión, no podíamos estar esperando siempre.

Entonces, uno de nosotros, inspirado ciertamente por Dios, propuso que se anunciara en las clases que se admitiría en los catecismos de primera comunión á los niños cristianos que lo solicitaran y cuyos padres consentirían en dar una autorización por escrito. Algunos se presentaron; abrimos el catecismo, los indiferentes fueron atraídos por las recompensas que repartimos á los pequeños. Cada día véíamos á los pequeños catequizados, salir de la iglesia, con una estampa, un rosario, otras veces; que dicha! con una crucecita. Los candidatos acudieron y al cabo de un mes, el número de los catequizados nos permitió concebir la esperanza de una regular primera comunión, pero nuestras ilusiones eran aún debiles. ¿Seguirían viniendo ¿esos niños? Sus familias, ¿desconfiarían algún día? retirarían la autorización dada? ¿Cómo haríamos aceptar á los hijos y á sus padres la idea del bautismo con la condición de ser necesaria la disciplina, en el estado eclesiástico presente en Egipto, para los Coptas convertidos?



Sin embargo, Dios mediante, se han desvanecido todas estas dificultades. La hora de la primera comunión ha llegado, el retiro ha empezado y nuestros 50 niños de ambos sexos se han entregado sin reservas á la acción del Espíritu Santo. En la escuela, mar-

chan en fila como en los grandes colegios de Francia, rezan espontáneamente á los piés de la Virgen ó ante el Santísimo Sacramento, sufren pequeñas mortificaciones, nada falta y por la noche en familia, se hallan transformados; así nos lo repiten por todas partes. Ellos, los pequeños insolentes de la víspera, siempre respondones según suelen ser en el país cuando les hacen la menor observación, y dicen imprecaciones como estas : « ¡ Maldito sia tu padre ! ó ¡ Qué Dios queme tu casa ! ect., ect. », se han vuelto de repente modositos, respetuosos; besan la mano á sus padres y les piden modestamente que les dejen rezar en silencio; es increíble. Esta transformación de los niños, ha traído otra no menos profunda en las ideas de los padres.

Tuvimos de ello la prueba el mismo día de la primera Comunión, cuando esos buenos cismáticos conmovidos por el desfile de los que comulgaban y del ademán modesto de niños y niñas, tan bien vestidos como suelen estarlo en Francia, gracias á los cuidados de las Hermanas y á la generosidad de algunas damas europeas, deslumbrados á la vista de la Iglesia verdaderamente soberbia, y por los cantos magníficos que no conocían, vinieron al convento de las religiosas indígenas para acompañar á las pequeñas, de regreso de la Comunión. Allí, todas esas mujeres cismáticas, tan tímidas, tan urañas rodearon á la superiora y á las religiosas :

« — Hermana mia, ¡ que Dios os bendiga por el bien que habéis hecho á nuestras hijas ! Las habeis transformado; están desconocidas. ¿ Porqué no habremos sido educadas así, nosotras ? Quédaos con ellas en adelante, son vuestras, hacedlas buenas católicas,

hasta Religiosas si quereis, os las damos pués sabemos que están en buenás manos. »

Es verdaderamente conmovedor, y las buenas Hermanas, habrán quedado bien recompensadas por las fati-



Los primeros Coptas que comuigan.

gas suplementarias que la preparación á la primera comunión les habían cansado.



En las visitas á las familias, que hacíamos después de la primera comunión, escuchabamos á nuestra vez,

este concierto de bendiciones y para el porvenir concebimos las más bellas esperanzas.

« Teneis todos nuestros hijos, nos decian por todas partes ; los educareis y hareis de ellos buenos católicos. Lo vemos y lo presentimos, no hay más que en nuestra casa que sepan inspirar á los niños la piedad y el respeto á los padres ; no hay más que en nuestra casa que se encuentre verdaderamente el espíritu del Mesias... Gracias por vuestra visita, es el mismo Jesucristo que ha venido á visitarnos. En adelante, somos con vosotros de corazón no lo Judeis, un día seremos todos católicos. »

Esto no son más que palabras ; pero son consoladoras. En casa de los demás disidentes no encontraríamos esta acagida. Todo hace esperar que pronto los actos seguirán á las palabras.



Un acontecimiento providencial contribuye á esta confianza. El Padre Santo ha acabado recientemente de constituir la jerarquía copta, añadiendo al patriarcado restablecido hace un año, dos obispados ; uno de ellos en Minieh. El nuevo titular, Mons. Maximos, antiguo discípulo de nuestra Universidad de Beyrouth, como los otros dos prelados coptas colegas suyos, vá á venir pasado mañana, viernes 24 de Abril, á tomar posesión de su sede. El administrador apostólico del patriarcado, Mons. Ciril Macario, el nuevo obispo de Tebas, Mons. Ignacio y el representante de la Santa Sede, venido expresamente para la circunstancia, Mons. Sogaro, antiguo obispo del Sudan, procederán á la instalación.

Una vez, en el país, el nuevo obispo completará la obra de conversión que hemos empezado y unirá fuertemente á los recién convertidos al rito copta católico.

Los demás discípulos cristianos de ambos sexos, conmovidos por el espectáculo que acababan de ver, sorprendidos á la vista de los primeros que comulgaban y perseveraban en sus sentimientos de piedad, nos piden con instancias que les admitamos á otra primera comunión y empecemos desde hoy un catecismo preparatorio.

Naturalmente ha sido para mí un deber el transmitir sus deseos al R. P. Superior. ¡Ay! el R. P. Superior acaba de hacer los cálculos de lo que le ha costado, no de fatigas (pues este capital es inagotable), sino de dinero, de ese prosaico dinero, con el cual hay que contar siempre, aún (iba á decir sobre todo), en las empresas apostólicas. Pues ha comprobado con espanto que esta sencilla y pequeña fiesta de familia, toda ella espiritual y angélica no le ha costado menos de 400 francos.

El tocado del alma de esos queridos angelitos no ha costado caro y os aseguro que era encantador; pero se ha tenido que añadir el tocado de este miserable cuerpo, que, como el nuestro, están condenados á arrastrar consigo. Pues los 400 francos representan apenas lo que ha sido preciso comprar para los más pobres de entre ellos, vestidos, calzado, coronas, velos, cirios y que se yo...

Tendremos pues paciencia algún tiempo; pero interín, tenemos el placer de ver á nuestros nuevos Gonzagas, así que la campana dá la hora del recreo, como se precipitan á la iglesia para rezar allí ante el Santísimo Sacramento. La estatua de San José, la de la Santísima Virgen, les vén desfilár sucesivamente; luego ván á

mezclarse á los grupos ruidosos de fuera, para hacer una buena partida de juego á la barra, esperando la hora del trabajo y de la oración.



Sacerdote copta.



Yó rezaba á Jesús, María y José.

Misiones de Oceania

ARCHIPIÉLAGO GILBERT

Perdido durante nueve días en alta mar.

No hay nada más dramático y conmovedor que el relato siguiente en el cual un Hermano coadjutor de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús de Isodunnos cuenta las peripecias de una

travesía por mar, que duró nueve días mortales en lugar de algunas horas, y en los cuales, el pobre misionero pasó por todas las angustias de una verdadera agonía.

Carta del Hermano coadjutor Bernardo LEMMENS

Nanouti, 9 de Octubre de 1895.

... Era el sábado 28 de Septiembre. Me metí en una barca para ir á presidir los oficios del domingo á una distancia de tres horas.

El viento era desfavorable. Me llevé un poco de tabaco, una estera, una manta, un mosquitero y doce bizcochos. En mi precipitación olvidé los remos y me dí á la vela. Tenía que bordear á lo largo de la costa.

A las cinco, llegué delante del sitio donde me dirigía, pero el viento había arreciado, el mar se puso agitado y no pude birar de bordo.

A las seis, el sol acabó su carrera, pero no así mi barca, pues la violenta corriente me alejaba cada vez más de la tierra. Pensamientos tristes asaltaban mi alma. Yo rezaba á Jesús, María y José, á todos los santos abogados míos y á mi Angel custodio, pero la corriente me arrastraba sin piedad hácia alta mar.



Arrié la vela y me acosté, abatido, en mi barca; dormí hasta el amanecer. La tierra había desaparecido. En el mástil puse una señal pidiendo socorro. Con este objeto gasté mi sotana por no tener otra cosa y me dejé flotar de nuevo al capricho de las olas. El mareo me

entró, empecé á arrojar horribilmente, y no contaba con una sola gota de agua fresca para lavarme. Desplegué las velas, invoqué á la Vírgen santísima en alta voz y la barca dió la vuelta. Me dirigí por el lado donde pensaba encontrar la tierra, pero cuando se puso, el sol aún no la veía.

El viento era fuerte y la barca surcaba rápidamente, me parecía ver algo á lo lejos. Durante tres horas estuve navegando en la misma dirección. Creyendo haber dejado la isla por el norte, me dirigí hácia el sur. A media noche, ví que me había equivocado y volví á la dirección norte. Allá á las tres de la madrugada, me volví hácia el sur siempre en vano y cuando salió el sol, no veía otra cosa por todas partes que la vasta llanura del mar. Entonces cogí uno de mis doce bizcochos, lo mojé en el agua del mar y me lo comí, aunque sin gana. No es deliciosa el agua de mar; pero tampoco podía tragarme el bizcocho seco. Luego me dirigí siempre hácia adelante en dirección sur. Así, creí llegar á Peru donde está Fray Fernando. Yo estaba tostado por el sol y carecía de agua dulce para refrescar mi garganta seca.

Al anochecer, no ví ninguna playa, tomé otro bizcocho con agua de mar. De vez en cuando me dormía, y me despertaba sobresaltado soñando que chocaba con las rocas de la costa.



El mártes, el viento había cambiado, seguro estaba yo de haber dejado atrás mi estación. El viento era favorable para volver, corrí otra vez dando bordadas hácia el norte y comí un bizcocho. Poco después bajó el viento

y me quede allí, como si no hubiera de moverme más. Empecé entonces á entristecerme, cogí no obstante la *Imitación de Jesucristo*. Leí el capítulo XII del libro primero. Pronto desapareció mi tristeza y me puse á cantar un cántico : « Bueno es navegar por mar, mientras Dios sea el piloto... »

Se me ocurrió la idea de pescar. Quité de una tabla un clavo que doblé y lo até á un cordel con un trozo de bizcocho en la punta. Pronto ví un pececito que avanzaba; se me venía el agua á la boca, pero no se cogió; Vacíé mi cesta, la até á una cuerda la dejé hundirse en el mar y la saqué. Cogí un pez grande como una pluma de escribir y me lo tragué vivo. Eché otra vez mi cesta al agua, pero no volví á sacar nada más. Entonces me puse á limpiar la barca, pués pensé que si caía un chubasco podría beber el agua que caería en la barca, pero no llovió.

Allá, por la tarde, ví otra vez algunos peces ; logré coger uno con la mano. Acercóse un tiburón y le golpée con la cadena del ancla, pero no hizo caso, iba rondando en torno de mi barca y la seguía. Le tenía ganas, pero me faltaba anzuelo. Até una podadera sólidamente á una cuerda, cubrí la punta con un pedazo de bizcocho y lo arrojé al tiburón, pero no hizo tampoco ningún caso. Mientras tanto, moría el día y la tierra no aparecía. Suplicaba á todos los que viven en el cielo que se apiadaran de mí. En mi interior oía una voz que me decía : « La gracia de Dios debe bastarte. » Enjugué con mis manos las lágrimas que saltaban de mis ojos y canellas humedecía mis labios. Pensé que Jesús en la cruz se quejaba también de sed; pero sus manos estaban clavadas en la madera, no podía servirse de ellas para recoger una lágrima y llevarla á sus ojos!



Vino la noche, y la tierra no se veía. De vez en cuando, me dormía y miraba si podía distinguir alguna luz en una isla; ¡Nada! A cada momento oía los peces voladores caer al agua; ni uno cayó en mi barca. La noche pasó. A la salida del sol, ví por todas partes el lúgubre horizonte.

Dije la oración de la mañana; hice la meditación sobre la eternidad, y canté lo que sigue: « Cogiendo con una mano firme el timón, el piloto desafía el embate de las olas; apesar de la tempestad, no choca contra la roca inquebrantable. Por eso, con los ojos al cielo dirigidos à vos María, vuestro servidor está contento y libre, rie, mientras otros tiemblan, ante la malicia y la rabia del abismo. »

Ya no tenía ganas de comer. Estaba mirando con ansiedad, por todas partes hasta el mediodía y no aperecía nada. Desesperanzado mojé otro bizcocho en el agua del mar; mi garganta estaba cerrada por la sed. No obstante algo reconfortado, cogía más fuertemente la vela y me dirigí hácia el norte. Mis piernas empezaban á decaer; estaba seco como un pedazo de madera. Me acosté en la barca; vi una araña muy gorda la cogí y la chupé; esto parece increíble, pero es la verdad.

Me parecía que pronto había de ver la tierra; pero vino la noche y siempre lo mismo... el agua, el cielo. Por la noche, naturalmente, no hubo cena.



Se levantó el día, un día lúgubre. Ningún viento. Me

encontraba como en una mar helada. Delante de mí tenía en el Océano bastante comida; una multitud de peces jugaban en torno de mi barca (el mar es aquí extraordinariamente rico en peces); les intimé la orden de saltar junto á mí; pero mi fé era sin duda demasiado débil. Entonces empecé á pensar en mí última hora. De pronto, se me ocurrió atar mi mosquitero á una cuerda y echarlo al mar como una red. Lo eché y lo saqué varias veces, pero siempre sin éxito. El sol descendía al oeste y por todas partes el lúgubre horizonte... Para cenar, tomé algunos tragos de agua de mar y arrojé á ella mi mosquitero; dos hermosos peces muy apetitosos nadaron por encima de él. Rogué á san Pedro, él que había hecho una pesca milagrosa me favoreciera al menos con una pesca ordinaria. ¡Ay! al sacar la red no hallé nada.

Pronto me dormí; pero á cada instante soñaba que veía la tierra ó que unos niños me traían la comida; entónces saltaba de pronto ¡Ay! no eran más que sueños.

Sin embargo, á veces cuando todo socorro parece imposible, no está este muy lejos. Cogí pues la *Imitación*, y lei los capítulos XII, XV, XVI, XVII y XVIII del libro tercero. Reconfortado y animado, trate otra vez de descubrir la tierra, pero siempre veía el mismo triste horizonte. El sol se puso de nuevo; llegó la noche y arrojé mi mosquitero al mar. Todos mis esfuerzos fueron infructuosos.



Roto de fatiga, me acosté sin ocuparme de nada. Me

dormí; el sueño duró poco. A cada instante, creía oír jugar á los niños. Por fin á las cuatro de la mañana, me imaginé ver algunos rocas. Pero cuando me hube acercado, ví que eran unas nubes que se elevaban y



Yo empezaba á pensar en mi última hora.

parecian burlarse de mí, diciéndome. ¡ Muere miserable! yo suspiraba tristemente y decia. « ¡ Dios mio! ¿ No habrá alguna salida? Me dirigí de nuevo hácia el sur. Recé el rosario, la oración de la mañana y el Oficio; á las diez, otro rosario; luego me sentí abandonado, mi respiración se volvió muy ténue y no apercibía el menor movimiento de mi cuerpo; bebí unos tragos de agua de mar y me dije : « Es la última vez que bebo de ella, porque no es posible vivir más tiempo. » Entonces pensé

en mi querida madre, en mi hermano, cogí un pedazo de papel y un lápiz y escribí :

¡ Jesús, María, José! ¡ No más voluntad que la santa voluntad de Dios!

Mi muy querida madre :

Le escribo mi último adiós desde mi ataud. Me he visto arrastrado por la corriente, lejos de la tierra. Hace ocho días que estoy buscando la tierra, pero no encuentro nada. En este momento estoy con todo mi conocimiento aunque muy quebrantado; al menor desmayo, me veré privado de los sentidos. Quiero morir por la salvación de las almas y para la gloria de Dios y de su santísima Madre María. La abrazo á V, y á mi hermano y hermana también, con todo mi corazón; rogaré por vosotros todos en el cielo. No me olvidéis en el purgatorio.

Fray Bernardo P. LEMMENS,
Misionero del Sagrado Corazón de Jesús

Puse las señas de mi madre y las de nuestro R. P. Superior de esta Misión.

Recé á Dios : « Dios mio, ahora podéis dejarme morir » luego me eché á llorar. Después de estar acostado algún tiempo, me incorporé, miré otra vez en torno mio y... me pareció ver la tierra ; pude arrastrarme hácia la proa de la barca... eran las dos de la tarde del sábado.

+

Todavía tenía que vencer una dificultad ; la violenta corriente me impedía atracar. Dí vuelta á mi barca y á

las seis cuando se puso el sol, ya no estaba más que á cinco minutos de la playa. Otra vez rechazado por la corriente, me decidí á dejar destrozar la barca por las olas contra las rocas, para poder de este modo alcanzar la tierra. Me dirigí derecho contra la playa, pero mi barca dió vuelta á la derecha. Pasaron varias horas en



Por fin atraqué.

esfuerzos vanos. En fin, solté el timón y dije lleno de confianza á mi Angel custodio : « Vos llevaréis el timón. » Recé seis *Pater*, seis *Ave* y seis *Gloria*, para ganar las indulgencias del escapulario azul, en sufragio de las almas del Purgatorio, para obtener, por su intercesión, que una ola viniera á arrojarme con mi barca, por encima de las rocas. De repente, un choque me derribó con la rapidez del rayo. Creí que el mástil y la vela caían al mar. Había pasado por encima de las rocas. Era el domingo 6 de Octubre, por la mañana.

Por fin, atraqué en Nonouti; estaba no obstante á tres horas de distancia de la estación. Un indigena me condujo á casa de nuestros Padres donde fuí cordialmente acogido y bien cuidado. Las fuerzas se recuperaron poco á poco. A la ocasión propicia volveré entre mis negros.



P.-D. — En el momento de acabar mi carta, llega el R. P. Ricardo Van de Wouver. Viene á anunciar mi muerte. Ha dicho ya tres misas por mi alma, á lo cual le contesto que las ponga á rédito, de este modo tendré un buen pico á la hora de mi muerte.

Cronica de la Obra

Carta de S. Em. el cardenal RAMPOLLA

Secretario de Estado de Su Santidad.

Hemos enviado según costumbre, el último volumen de las *Misiones Católicas*, año 1895, como homenaje al Padre Santo y á sus Eminencias los cardenales Ledochowski y Rampolla. El cardenal Prefecto de la Propaganda, se ha dignado darnos las gracias y he aquí la carta que dirige el Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado, en nombre del Padre Santo y en el suyo personal :

« El P. Burtin, como me lo habéis manifestado en vuestra carta de 16 Marzo, me ha remitido los dos volúmenes del Boletín las *Misiones Católicas* que habéis dado á luz el año pasado.

« Conforme al deseo que me habéis manifestado, he presentado uno, al Padre Santo y Su Santidad ha mostrado su satisfacción por este filial homenaje. Hace votos para que el *Boletín* se extienda más y más, y con él la grande Obra que lo publica. Al mismo tiempo, ha concedido de todo corazón, á todos los que toman parte en su dirección y redacción, la bendición apostólica.

« Asociándome á los votos del augusto Pontífice, os agradezco cordialmente el otro volumen que cortesmente me habéis dedicado y con los sentimientos de la estima mas distinguidos me digo :

« Vuestro devotísimo Servidor,

« M. card. RAMPOLLA.

« Roma, 21 de Marzo de 1896. »

Recordamos á nuestros lectores que remitiremos gratis un número de muestra á todos los que lo pidan.

Escribir al Sr. Director de las *Misiones Católicas*, 14, rue de la Charité, Lión.

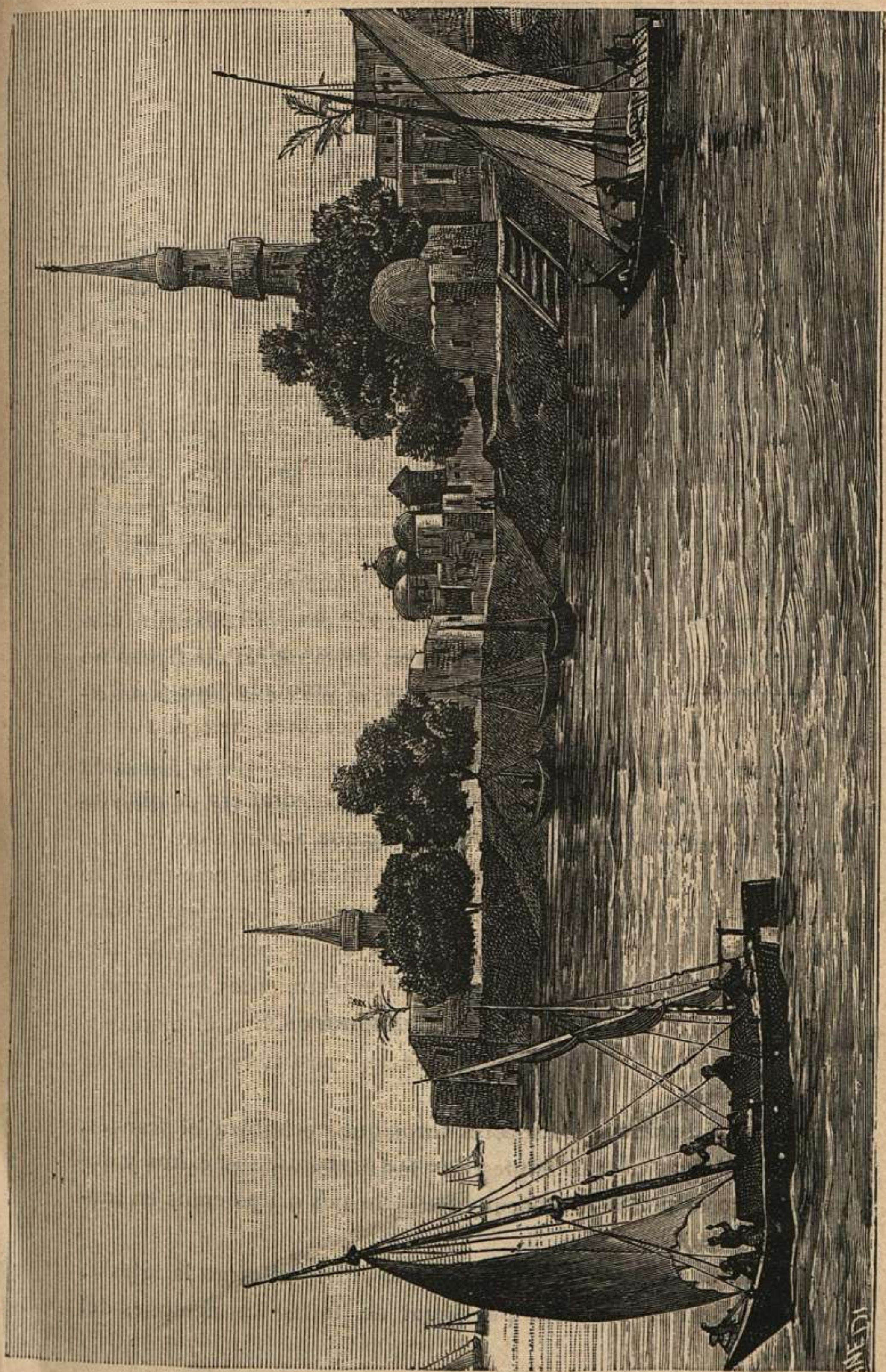
Para pedir un abono, dirigirse á las mismas señas. El precio es : 10 francos para Francia ; 12 para la Unión postal.

Los fiestas de la Obra.

En nuestra última entrega, citabamos una carta pastoral de Monseñor el Arzobispo de Sorrento. El eminente prelado, ordenaba se celebrasen en su diócesis con la mayor solemnidad posible, las dos principales fiestas de la Obra : San Francisco Xavier, patrón de la Asociación, y el 3 de Mayo, fecha aniversario de la fundación.

Nos alegramos de decirlo, nuestra súplica ha sido escuchada y de todas partes recibimos noticias de que el 3 de Mayo ha revestido en las diferentes diócesis, un brillo desacostumbrado. Mientras en Paris, Mons. Duval, de los Hermanos Predicadores, delegado apostólico de Siria, celebraba una misa solemne en San Sulpicio, en presencia del Goncejo Central; en Lión, la Catedral era demasiado estrecha, para contener á la muchedumbre que acudió á oír un discurso del R. P. Ollivier. El ilustre Dominicano ha correspondido magníficamente á las esperanzas de su auditorio, y el mejor elogio que podamos hacer de su discurso, fuera de los períodos de alta elocuencia que á menudo originaban estremecimientos de admiración, es, que muy especialmente para nuestra Obra, el plan descansa entero sobre los elementos que la constituyen dándola su forma original.

Damos las gracias á los señores Curas, por el celo que demuestran al dar solemnidad á nuestras fiestas. Es uno de los medios más poderosos de dar á conocer y hacer amar á nuestra Obra popularizándola cada vez más.



Alto Egipto. — Vista de Minieh (véase p. 272).

Las decenas personales.

No nos cansaremos de suplicar á nuestros celosos colaboradores que trabajen en generalizar cada vez más las decenas personales. En nuestra época, el número de los misioneros siempre en aumento, permitiría el multiplicar los vicariatos apostólicos y las estaciones, si nuestros recursos aumentaren en la misma proporción.

No debemos pues descuidar ninguna ocasión para llegar á establecer el equilibrio entre nuestro presupuesto y sus cargas. ¿Quién no vé los recursos que producirían estas decenas personales generalizándose entre las personas ricas? En suma, es una anualidad de 26 francos. ¡Cuántas obras cuyo objeto es menos universal y las necesidades menos urgentes, obtienen fácilmente ofrendas aún más considerables! ¡Cuántas familias y casas de comercio cristianas no se inscribirían cada año por dicha suma, si para ello fuesen solicitadas!

La gran ventaja de nuestra Obra, es el no ser jamás discutida y ser reconocida y amada por todo el mundo, como un auxiliar de los más fecundos y preciosos de la civilización.

Un ruego à los misioneros.

Rogamos de nuevo á los misioneros que no hablen el francés, que nos manden los relatos sobre sus trabajos, sus éxitos y sus pruebas, en su propia lengua, que nosotros nos ocuparemos en traducirlos.

La Obra de la Propagación de la Fé es universal como la Iglesia, los Anales deben ocuparse por igual de todas las misiones del mundo.

Las Misiones Católicas en el Siglo XIX
por M. Louvet, de la Sociedad de las Misiones
Extrangeras.

Esta magnífica obra, honrada ya con un Breve Pontifical y con la alta aprobación de los Cardenales de Paris, Rodez y Autun y de NN. SS. los Arzobispos de Lión y Aix, acaba de recibir una de las más lisonjeras distinciones. La Academia de Ciencias Morales y Políticas, le ha dedicado una mención muy honrosa.

Es un volúmen de gran lujo in-4º con más de 200 grabados y marcos rojos.

Lo ofrecemos á nuestros bienhechores por el precio de 10 francos en rústica y 20 francos encuadernado de aficionado, felices de darles así, en un resúmen, elocuente y justo, la historia gloriosa, heroica, del apostolado durante el siglo que termina.



Noticias de las Misiones

EUROPA

PRIMERA ORDENACIÓN SACERDOTAL EN NORUEGA

Mons. Fallize, obispo de Elusa, vicario apostólico de Noruega, acaba de conferir la primera ordenación sacerdotal que Cristianía haya presenciado después de la Reforma. El prelado celebraba el mismo día el 25º aniversario de su sacerdocio.

Mons. Fallize es originario de Harlingen, en el gran ducado de Luxemburgo.

Entre sus diocesanos, no cuenta más que 1004 Noruegos; por contra, su vicariato encierra cierto número de católicos alemanes, franceses y belgas.

LA MISIÓN DE ISLANDA

Hemos hablado ya á nuestros lectores, de la restauración de la misión de Islanda, que el Soberano Pontífice acaba de imponer á Mons. Von Euch, obra hermosísima, pero difícilísima, sobre todo, por causa de la falta de recursos.

Islanda y las islas Féroe, cuya población es de 75.000 almas, dependen de Dinamarca. La persecución destruyó allí el catolicismo en el siglo xvi. Al último obispo le cortaron la cabeza hácia 1550. Actualmente no hay más que una sola familia católica en Islanda y una sola persona católica en las islas Féroe. Todo lo que podía hacer la misión de Dinamarca, era enviar una vez por año á un sacerdote para que visitare esos pocos restos de la antigua Iglesia islandesa. El año último, esta visita pastoral la hizo el R. P. Sveinson, profesor del colegio Ordrupshoj.

Este misionero jesuita abordó en Rejkiavik, capital de Islanda; entonces había en el puerto un barco de guerra encargado de proteger á los numerosos barcos franceses que llegaban para pasear junto á las costas. El sacerdote ejerció su ministerio acerca de los marinos, soldados y oficiales del buque.

El país se ve afligido por la lepra. Puede evaluarse á más de 400 el número de leprosos. Los dos sacerdotes enviados por Mons. Von Euch cuidarán de los leprosos, pero el venerable obispo no sabe donde buscar los recursos necesarios para esta empresa; está haciendo un llamamiento á la caridad de los católicos en nombre de la religión y de la humanidad. Los fieles comprenderán que deben venir en su ayuda, proporcionándole los recursos necesarios sin los cuales dicha obra sería imposible.

ASIA

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS EN 1895

Recibimos la relación anual de los trabajos de los misioneros de la Sociedad de las Misiones extranjeras de París.

Nos place manifestár á nuestros lectores el preámbulo de este importante documento :

« El año que termina ha sido particularmente doloros para varias de nuestros misiones y á menudo se nos ha ocurrido preguntarnos con ansiedad los frutos que podría producir el celo de nuestros obreros apostólicos en medio de las pruebas de todo género que tendrían que sufrir. Con motivo nos temíamos una disminución sensible del número de bautizos de adultos y de las conversiones de hereges, pero Dios, que tiene en su mano á los hombres y á los acontecimientos, no ha permitido que nuestra obra, que es también la suya, sufriese un paro en su marcha de avance.

« A pesar de la guerra, el hambre, el cólera y la peste, que han azotado ciertos vicariatos; á pesar de la persecución que ha cubierto de ruinas las dos bellas misiones del Su-tchuen occidental y del Su-tchuen meridional, el ejercicio 1894-95 ha dado exelentes resultados y los anunciamos con placer :

31.043 bautizos de adultos.

381 conversiones de hereges,

169.971 bautizos de hijos de paganos.

« Nuestra querida Sociedad cuenta un mártir más. El 10 Febrero 1895, M. Jules Verbier, misionero apostólico del Tonkin Occi-

dental, caía en Yen-Khuong (Laos) víctima del ódio de los paganos, vendido por un Judas, como el Divino Maestro.

« El 14 del mes de Agosto, en Phnom-penh (Cambotge), Mons. Cordier, obispo titular de Gratianopolis, durmióse dulcemente en la paz del Señor, después de 47 años de apostolado.

« La muerte nos ha arrebatado además diez y nueve compañeros desde el 1º de Enero al 31 de Diciembre; las misiones mas afligidas, han sido las del Kuang-Kong y de la Conchinchina occidental, que han perdido cada una tres de sus obreros. La Mandchuria, el Kong-tcheou y la Birmania septentrional han perdido dos.

« Gracias á Dios, el número de vocaciones parece aumentar con las necesidades de nuestras veintiocho misiones. Hoy, no obstante la salida de sesenta y un sacerdotes jóvenes que han abandonado á París en todo este año, nuestra Comuidad consta de doscientos sesenta y dos aspirantes, de los cuales ciento cuarenta y dos en París y ciento treinta en Bièvres. »

EPISODIO DE LOS DEGUELLOS DE KARPOUTH

Mons. Altmayer, delegado apostólico, nos comunica la carta siguiente que ha recibido de Karpouth :

« Gracias á los Padres Capuchinos que residen en Karpouth, en medio del barrio armenio, el mencionado barrio ha escapado al pillage y al incendio. La residencia de los Padres, su iglesia y las escuelas adjacentes se hallaban atestadas de cristianos aterrizados. Veían aproximar la muerte que anunciaban los gritos, el tumulto, los disparos de los asaltantes, que ya llenaban la plaza, las alturas de la antigua ciudadela y los caminos escarpados que dominan la residencia de los Padres.

« Mientras se estaban acabando los preparativos de un ataque salvaje, apareció á la puerta del convento el representante del gobernador. Venía á declarar á los Padres su impotencia para garantizar su seguridad y los invitaba á retirarse fuera, bajo la protección de una escolta militar.

« Elevóse entonces un clamor de desesperación entre los refugiados : « Si partís, estamos perdidos. » La pobre gente tenía razón ; la presencia de los misioneros era su única defensa contra la multitud feroz que no aspiraba más que á la sangre y al saqueo, segura de la impunidad.

« El P. Adrian contestó al enviado turco : « No abandonaremos

jamás á estos infortunados al degüello. Primero moriremos, que desertar del puesto que Dios nos ha confiado. »

« El coronel reiteró las mismas instancias á los Padres. La negativa de estos no fué menos enérgica. Entonces el coronel exclamó : « Ya que estais decididos á exponer vuestra propia vida para salvar la de los demás, me comprometo á haceros proteger y á todos los que estan encerrados ahí. »

« Cumplió su palabra, enviando á la tropa para que custodiase el convento, con orden de rechazar con la fuerza á los Kurdas preparados para el asalto. Estos acabaron por abandonar el campo de batalla y se precipitaron sobre el barrio protestante que devastaron é incendiaron.

« El agradecimiento de los Armenios por tanto beneficio se manifestó con el más cariñoso entusiasmo y la gracia operó al propio tiempo, en las almas ya conmovidas por el terror, muchas familias dejaron el cisma, reconociendo en el azote, el castigo de Dios por la negativa de los cismáticos, aponiéndose al llamamiento tan paternal del Romano Pontífice que hace tantos años les está convidando á la unión. Más de cien familias han tenido la dicha de abrazar la fé católica. »

ASESINATO DEL P. VERBIER. — RECUERDO DE LAS MUERTES DE 1884

Mons. Gendrau, vicario apostólico del Tong-King occidental nos escribe :

« El año 1895 nos ha traído muchas tristezas. Lo más deloroso, ha sido la catástrofe que ha anonadado el distrito de Laos.

« En los primeros días de Noviembre de 1894, el P. Verbier á quien le asocié con el P. Soubeyre, regresó á Yen-Khuong, centro del distrito. Ocupábase en instruir á los neófitos, cuando de repente, sin que ningún indicio lo advirtiera, cayó el 10 de Febrero de 1895, víctima de una emboscada, vendido por un Judas, que hasta entonces pasaba por el amigo más cariñoso y seguro de los misioneros.

« Aprovechándose de la ausencia de los catequistas reunidos en la capilla rezando la oración de la tarde, los asesinos invadieron de improviso el cuarto donde se hallaba solo nuestro compañero, sin medio alguno de defensa. Alcanzado por dos balas cayó sin sentido y la gavilla creyéndolo muerto lo saqueaba todo en la Misión y des-

pués se retiró pregándole fuego. A los pocos instantes el herido volvió en sí y tuvo todavía la energía de arrastrarse hasta fuera, pero otra bala le rompió la pierna y expiró pronto, solo, abandonado en medio de la noche, mientras su compañero escapaba por milagro, de los golpes de aquellos miserables.

« Los matadores del P. Verbier, persuadidos de que no habían sido conocidos, se ereían seguros de la impunidad, pero pronto descubrieron á seis de ellos y fueron conducidos á Thanh-Hoa para sufrir el castigo de su crimen. Al ver su muerte próxima, por un milagro de la misericordia divina que imploraba, para ellos sin duda su noble víctima, fueron tocados por la gracia divina y se convirtieron.

« La justa severidad desplegada en esta circunstancia por la autoridad francesa ha tenido profundo eco entre las poblaciones del Bajo-Laos. Los autores de las matanzas del año 1884, han temido que los buscaran y esto ha producido un resultado inesperado. Las cabezas del P. Seguret y del P. Antonio han sido entregadas al jefe del puesto de milicia.

« Algunos días más tarde, el hijo del alcalde que había enterrado los cadáveres de nuestros dos compañeros hacía revelaciones más completas é indicaba el sitio donde estaban ocultos aquellos preciosos restos, en el fondo de un bosque. Según su relato, los dos misioneros fueron quizás detenidos por las gavillas, cuando aquellos se acercaban á Yen-Khuong cuya ruina ignoraban y donde esperaban encontrar un refugio.

Uno de ellos cuyas señas corresponden al P. Seguret, había sido sin duda torturado horriblemente porque uno de los jefes le profesaba un ódio salvage, le habían arrancado la piel del rostro y sometido al suplicio de las cien llagas antes de cortarle la cabeza. El mismo sujeto ha contado también que poco tiempo antes, el Padre se había mandado teñir los dientes para no sufrir dolores de muelas frecuentes. Una de las cabezas halladas, tiene en efecto los dientes cubiertos de laca según costumbre anamita.

« Los informes sobre el emplazamiento de la fosa y los huesos que encerraba, se han encontrado conformes á la verdad. Por lo tanto, han traído ambos cuerpos con sus cabezas á la villa de Thanh-Hoa. El P. Rigouin ha celebrado exéquias solemnes, á las cuales han concurrido las autoridades de toda la provincia ; luego de celebradas las exéquias se han enterrado los venerables restos en la iglesia. Si Dios nos ha devuelto los huesos de nuestros queridí-

simos compañeros, si nos ha revelado los afrentosos tormentos que sufrieron por ódio á su santo nombre, es que tiene el designio de honrar su memoria en esta tierra y quizás también quiere hacer su tumba gloriosa. »

NOTÍCIAS DEL SU-TCHUEN

Mons. Chatagnon, vicario apostólico del Su-tchuen meridional, escribe á M. Laurent, cura de Cellieu :

« Conocéis todos los detalles de la persecución de que hemos sido víctimas. Gracias al Sr-Ministro de Francia, me han entregado una suma más mínima de la que dicen los periodicos; bastará para elevar de nuevo las ruinas de esta misión é indemnizar á las familias cristianas, robadas, incendiadas y perseguidas? No sé nada todavía, máxima cuando nada he recibido, sino simples promesas según costumbre china.

« Me he alojado como he podido, en una tiendezuela, aquí en Kia-Tin, mientras puedo procurarme una habitación más decente y sobre todo más espaciosa donde recibiré á mis misioneros. Por ahora, los que tienen que venir á verme ó consultarme, están obligados á entrar uno después de otro, como en un confesionario donde no hay sitio para dos. Esta es mi residencia episcopal.

« Ultimamente fuí á ver el sitio de mi antigua residencia. ¡Qué triste está! Nada queda en pié. Diríase ruinas que datan ya de cien años; paredes caídas, restos de tejas, ladrillos, piedras quebradas. Este horrible cuadro me ha desgarrado hasta el fondo del corazón. Pronto me fuí, para no romper á llorar.

« Todos mis misioneros, ó casi todos, están en la misma posición que su obispo. Hay varios que lo han perdido todo de este modo, y se encuentran mal alojados, mal vestidos; al entrar el invierno han caído enfermos. El que me acompaña desde el principio de la persecución, el buen Padre Barry, está atacado ahí, cerca de mí, por una bronquitis aguda que me dá cuidado. Tose que dá lástima. En cuanto á mí, no he sufrido más que un fuerte constipado.

« Ahora toca lo más penoso y rudo de la tarea. Durante la persecución, estábamos excitados como en una batalla donde se desafía la muerte y los golpes sin advertirlo; ahora que se han calmado los nervios, los brazos se caen también ante el trabajo de recomposición que aparece.

« ¡ Ay ! ¿ porqué no se nos ha juzgado dignos de la corona del martirio ? Por unos instantes de tribulación, estaríamos ya en el gozo del Señor. Pero, ya que Dios no lo ha querido, cúmplase su santa voluntad. Digo con San Martín : « Dios mío, si quereis emplearme « todavía en el cultivo de vuestra viña, cúmplase vuestra voluntad, « no me niego al trabajo, pero asistidme, pues ¿ cómo poder servir « ros sin vuestro socorro ? »

EL MINISTERIO DE LAS RELIGIOSAS EN EL JAPÓN

Sor Bernarda, religiosa en Osaka, escribe desde allí : « Desde el principio de Septiembre de 1895, hemos podido registrar veinte bautizos. Varios de los niños que han recibido este sacramento, gozan ya de la dicha de ver á Dios y los demás no tardarán en seguirles. He aquí nuestro gran consuelo y nuestro único objeto : enviar almas al Paraíso. Pero, ¡ qué arduo es el trabajo y cuántas penas hay que imponerse para salvar á una alma ! No vienen por sí mismas, hay que ir á buscarlas, empujarlas, y á veces, cuando uno cree tenerlas, se escapan. Entonces procura uno resignarse á la voluntad de Dios y se vá á otra parte á tender las redes. Así es la vida de misión. Tenemos en casa muchas cosas en que ocuparnos, pero ya que el buen Pastor deja á sus 99 ovejas para correr tras la centésima que se extravía, nos es muy permitido alguna vez hacer lo mismo, pues las ovejas descarriadas ó mejor dicho, las que no han sido jamás ovejas son numerosas.

Acabo de hacer una expedición á casa de los enfermos ; no he bautizado á nadie, pero he preparado á un pobre tísico de 24 años, para que pueda recibir el bautismo. Sus buenas disposiciones me hacen esperar que dentro de tres ó cuatro días lo haré hijo de Dios. Este desgraciado jóven ha ido á China, cuando la guerra, su oficio es mozo de cuerda. No sabía que había de pasar mucho frío y contrajo su enfermedad.

Si hubiera tenido de que comer, quizás se habría restablecido, pero su pobreza es tan grande que su madre ha pedido prestada una manta para abrigarle cuando yo voy á verle ; es su único hijo. Con los pocos sapeques que le he dado, estaba tan contento que lloraba de gozo.

« Hoy le he llevado fruta y remedios. ¡ Si hubierais visto cuan feliz era !

« El Japón con todas sus industrias deja todavía á mucha gente presa de la más negra miseria. El viajero que visita nuestras grandes ciudades puede quizás decirse : « Pero, no hay pobres en el Japón. » Se equivoca, porque es precisamente en esas grandes ciudades que se ocultan la desesperación y el infortunio y si quieren asegurarse de ello, que visiten las boardillas y los arrabales. »

AFRICA

LA VIDA DEL CARDENAL LAVIGERIE

Nos es grato anunciar á nuestros lectores una publicación dedicada á una memoria ilustre. Es la *Vida del Cardenal Lavigerie* por Mons. Baunard, rector de las Facultades católicas de Lila. Al entrar en prensa estamos aún bajo la impresión que nos ha producido la lectura del Prefacio y podemos decirlo sin exageración, el gran Cardenal habrá tenido el privilegio de encontrar un historiador digno de él.

Mons. Baunard, aunque alabando en el Primado de Africa las altas cualidades que hacen de él uno de los hombres más admirables de la Iglesia, en este siglo, no quiere hacer solo una obra de panegirista. Como él mismo dice : « Este hombre fué un hombre; ha conocido de nuestra común humanidad las pasiones y los defectos. No puedo ni quiero disimularlo; no escribo para eso; tenía su temperamento personal, autoritario, absoluto dominador, imperioso hasta el despotismo, era ante todo un hombre de gobierno; era preciso ceder ante él... »

Podemos decir que el historiador nos parece haber alcanzado su objeto principal y único que se propuso, el prefacio termina así; « Que se haya procurado por este escrito, por este exemplo, la única gloria de Aquel en quien es preciso esperar, en quien sobrevive á los hombres y á las revoluciones, del cual, el ilústre moribundo decía las palabras memorables que habrían de esculpirse en el mausoleo que le han erigido en Cartago : « *Soy el discípulo de un maestro que no han podido encerrar nunca en un sepulcro.* »

HOMENAJES Á LOS MISIONEROS

La Academia de ciencias morales y políticas de París acaba (en la distribución de premios que ha hecho), de repartir 15.000 francos del premio Audiffret entre los Padres de la Congregación del Espíritu Santo, representados por Mons. Auguard; y los Padres Blancos, representados por Mons. Livinhac.

La Academia quiere rendir homenaje á los generosos esfuerzos cumplidos y á los grandes resultados obtenidos en el centro africano, por nuestros misioneros.

LOS FESTINES EN AFRICA ECUATORIAL

Extractamos los datos curiosos que siguen, de las últimas cartas del Ilorado P. de De Ken, que tratan de los platos del país.

« En cuanto á caza propiamente dicha, no se encuentran mas que palomas, tórtolas y algunos antílopes. No obstante, un día encontré cosa mejor, en un gran árbol á la orilla del bosque, un gran mono se estaba alisando la barba. Un cartucho n° 0 lo echó á tierra. No sabía si cargármelo á la espalda, pues pesaba mucho, pero pensé cambiar los platos de cada día cómpuestos de gallina y cabra. Un guisado de mono sería bueno. Con raras exepciones todos los convidades hicieron honor á este manjar muy estimado en todos los lugares del interior de Africa, tanto por los Blancos como por los Negros. El guisado estaba todavía en la mesa cuando se presentaron en unas caravanas, extenuados de fatiga, tres agentes recién llegados de Europa. Esos señores se extasiaron y se solazaron con « ese delicioso guisado de liebre » como ellos decían. Les dejamos hacer, pues daba gusto verles. El primero que se encontró satisfecho preguntó sencillamente si las liebres abundaban en el llano. Una carcajada fué la contestación y para convencer á esos señores que se trataba de un mono y no de una liebre, fué preciso enseñarles la cabeza del animal. Uno de ellos, con la cara descompuesta, se levantó precipitadamente en busca de un rincón... No tenía razón, pues tendrá que acostumbrarse con el tiempo.

« Hay cosas excelentes ante las cuales se es remolón al principio; por exemplo el hipopótamo es un animal monstruoso y de perfecta

fealdad. Su carne es sin embargo muy buena á menos que se trate de un animal muy viejo. Se comprende que un pratriarca de cien años de edad sea algo durito; el hipopótamo, muy lento en crecer, debe vivir mucho tiempo; pero el solomillo de una bestia jóven vale tanto como el de la mejor vaca. Los piés, hervidos, luego ahogados con cebollas, hacen un plato que los negros llaman *Mokoto*, y los blancos que lo han probado se mueren por él ¿Porqué no ha de ser buena la carne de hipopótamo? Por que este animal está todo el día dentro del agua, no hay que imaginarse que se alimenta con cañas; no hay que creer que viva de peces, como no ha mucho lo decía un naturalista de tres al cuarto. La verdades, que el hipopótamo no come mucho en el agua; por la noche sale de ella y se alimenta con yerba tierna y retoños de árboles, lo mismo que el más gracioso venado.

« Del hipopótamo al elefante, la transición es natural, estos dos grandes animales viven en las mismas comarcas. En la misión francesa de Brazzaville, tuve un día la ocasión de comer trompa de elefante. Si Brillat-Savarin hubiese conocido este manjar, habría hecho un viaje á Africa para chuparse con él los dedos. Desgraciadamente su preparación es algo larga. Primeramente se cava el suelo una fosa que se calienta por medio de cisco, hasta que esté roja. La trompa se mete en este horno, se cubre con hojas de plátano, una capa de arena y con rescoldo, sobre la cual capa se mantiene el fuego durante veinte y cuatro horas.

« En ciertas épocas las hormigas blancas aladas, salen de su retiro subterráneo para ir á fundar, bajo la dirección de una reina, otra colonia, precisamente como las abejas lo hacen. Muchas veces, he visto á los negros coger estos insectos, arrancarles las alas y comerselos. Yo tuve ganas de probarlos y os aseguro que lo vuelvo á hacer siempre que se presenta la ocasión; encuentro que esas hormigas tienen el gusto de los langostines con almendras.

« La cola del horrible cocodrilo hervida mucho tiempo y frita con manteca, no se debe desdeñar (hablo por experiencia) como tampoco la carne de un gran roedor llamado *Zibizi* como la del *Pangolin* tan grotesco dentro de su concha.

AMERICA

UNA NUEVA IGLESIA EN CARTAGO

Las Hermanas Franciscanas misioneras de María, ayudadas por las limosnas de los piadosos cristianos de Túnez, han construido en Cartago una iglesia dedicada á Santa Mónica. Se levanta en el sitio donde la tradición nos muestra á la augusta madre de San Agustin llorando por la marcha de su hijo, después de una noche de oración en un oratorio vecino, colocado bajo la advocación de San Cipriano. Las líneas arquitectónicas del edificio son de rico estilo románico, el que mejor se armoniza con las brillantes tintas del cielo de Africa. El Arzobispo de Cartago ha querido darle la consagración religiosa el 4 de Mayo, fiesta de Santa Mónica. En el santuario, el capellan de la escuadra del Mediterráneo, el capellan militar de Túnez, los capellanes de la Goleta y de la Marsa, los profesores del Seminario grande y pequeño, formaban al Primado de Africa una verdadera corona de honor. La flor de las familias tunecinas se apiñaban en la nave detrás de la señora Residenta y la señora generala Leclerc, colocadas en primera fila.

Durante la ceremonia, el arzobispo ha pronunciado una conmovedora alocución. La ceremonia se ha terminado con la bendición apostólica.

LOS DIARIOS EN CANADÁ

En una carta pastoral, los arzobispos y obispos se habían elevado contra ciertas hojas periódicas. Como la advertencia no fué oída, Mons. Fabre, arzobispo de Montreal, condenó á las dos publicaciones; la *Canadá Revue* y el *Echo des Deux-Montagnes* y prohibió su lectura á los fieles bajo la pena de negarles los sacramentos. El *Canadá-Revue* citó á Mons. Fabre para que compareciera ante el Tribunal supremo. La sentencia fué favorable al Arzobispo, proclamando que la Iglesia católica era una sociedad legalmente constituida y todos los que pretenden ser súbditos suyos deben someterse á sus leyes.

JUBILEO SACERDOTAL DEL ARZOBISPO DE BOSTON

Mons. Williams, arzobispo de Boston, ordenado sacerdote en Paris en 1846 por Mons. Affre, ha visto el 50º año de su sacerdocio, celebrarse con un brillo difícil de superar. El cardenal de Baltimore, el Delegado apostólico, ocho Arzobispos y otros tantos Obispos formaban su escolta. El Papa envió una carta con su firma autógrafa y una gran medalla de oro acuñada con motivo de sus bodas de oro episcopales. Además, dirigió á Mons. Williams un telégrama de felicitación, cuya lectura se dió después del evangelio de la misa jubilar. Tres mil personas tomaron parte en el banquete. El gobernador del Estado de Massachusetts ocupaba lugar preferente. Cada uno se ha esforzado en mostrar al venerable prelado de cuanta estima y afecto está rodeado en el término de su fecunda carrera.

Mons. Juan José Williams nació en Boston el 27 de Abril de 1822. Elegido obispo titular de Trípoli y coadjutor de Mons. Fitzpatrick, el 9 de Enero de 1866, fué á la muerte de este prelado, un mes después, el 13 de Febrero, obispo de Boston, luego fué promovido arzobispo el 12 de Febrero de 1875, cuando la sede de Boston fué elevada á la dignidad de metropolitana de las seis diócesis de la Nueva Inglaterra.

LA ESTATUA DEL P. MARQUETTE EN EL CAPITOLIO DE WASHINGTON

Un homenaje de los más notables acaba de rendirse á un misionero jesuita del siglo xvii, el P. Jaime Marquette.

A petición y á las costas del Estado del Wisconsin, la estatua del célebre apóstol y explorador ha sido solemnemente inaugurada en el Capitolio de Washington, en presencia de M. Cleveland, presidente de la República de los Estados-Unidos, de S. E. el cardenal Gibbon, arzobispo de Baltimore y de un gran número de notabilidades.

El misionero á quien han tributado estos honores extraordinarios, nació en Laon en 1637. Partió en 1667 para Canadá. Poco después de llegar á Quebec fué enviado á Tres Rios para estudiar allí el montañés, lengua cuyo conocimiento debía facilitarle la inteligencia de los idiomas de las diferentes tribus que se proponía evange-

lizar. El 21 de Abril 1668, salía para Montreal y Ottawa, la baía Georgia, el lago Huron, alcanzó en medio del verano el Salto Santa María, donde fundó el primer establecimiento europeo del Michigan.

El año siguiente, fué enviado á la Misión de la Punta del Espíritu Santo, cerca de Ashland. Allí fué que sus relaciones con los indios Illinois le pusieron en camino del descubrimiento que había de inmortalizarle. Estos indígenas, para venir á la Misión, atravesaban un rio ancho de una legua, viniendo del Norte y yendo al Sur. Hablaron de ello al P. Marquette, quien presintiendo la importancia de un rio tan caudaloso á tanta distancia del mar, proyectó reconocerlo con Joliet, hidrógrafo real, que venía de explorar el lago Superior. Pero no fué más que cuatro años más tarde, el 27 de Mayo de 1673, que los dos peones se embarcaron en San Ignacio (Michigan) para su memorable exploración del gran rio americano. Dos años después, casi día por día, el valiente misionero moría en medio de las selvas del Michigan; apenas tenía treinta y seis años, falto de toda asistencia humana, como San Francisco Xavier y según el deseo que muchas veces había expresado.

A este misionero que edificó la primera cabaña sobre el terreno ocupado hoy por Chicago, y que fué el primero en llevar la Buena Nueva á las salvages tribus del Alto Misisipí, la gran república americana acaba de dar el supremo honor que reserva á los hombres ilustres.





Necrología

Monseñor GASNIER

DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, OBISPO DE MALACCA

Sabemos la dolorosa noticia de la muerte de Mons. Gasmier, allecido en Singapore, el 7 de Abril.

Mons. Ednardo Gasmier, nació en 1833, en la diócesis de Angers. Salió en 1857 para Mayssour y fué nombrado en 1878, obispo titular de Eucarpia y vicario apostólico de la Misión de Malacca. Fué elegido obispo de Malacca, en 1888. El llorando prelado ha sucumbido de resultas de una enfermedad de corazón que padecía hace varios años.

Monseñor RYAN

LAZARISTA, OBISPO DE BUFALO (ESTADOS-UNIDOS)

Mons. Esteban Vicente Ryan gobermaba hace más de 30 años la diócesis de Búfalo y ha dado el más vigoroso impulso á todas las obras católicas durante su largo episcopado.

El venerado prelado nació en Ottawa (Canadá), el 1º de Enero de 1825.

Monseñor GENTET

OBISPO AUXILIAR DE PUERTO PRINCIPE

Este prelado, originario de la diócesis de Nantes, tenía 48 años de edad. Fué consagrado el 15 de Diciembre de 1895, pero su salud se había quebrantado mucho por su larga estancia en Haiti. Desde el día de su consagración no había podido celebrar la misa. Sus funerales que tuvieron lugar el 10 de Marzo, atrajeron una inmensa multitud: El presidente de la República de Haiti asistió á ellos.

R. P. CONSTANT DE DEKEN

Un telegrama acaba de traernos la triste noticia de la muerte del R. P. De Deken, que ha fallecido de fiebre en Boma. No tenía más que 44 años; nació en Wilryck cerca de Amberes, en 1852.

El R. P. de Deken, había sido durante muchos años misionero en China. Enviado á Ili, á las fronteras del Turkestan y de Siberia, en 1883, fundó una Misión; durante los cinco años que estuvo allí, aprendió el ruso, el turco y el chino, pero el R. P. de Deken era célebre sobre todo por la parte activa que tomó en la travesía del Thibet, que emprendieron M. Bonvalot y el príncipe Enrique de Orleans. Tuvieron suerte de ir acompañados por el intrépido misionero, que conocía diferentes idiomas del macizo tibetano.

Salidas de Misioneros

Nueve misioneros del seminario de las Misiones Estrangeras de París se han embarcado en Marsella, el 12 de Abril de 1896 :

MM. Arvien, Bernardo Luis (Rodez), para el Cambodge; Mathevet, José María (Lión), para el Mayssour; Vibert, Máximo (Lión), para el Tonquin occidental; Gilhodes, Carlos, Mario (Rodez), para la Birmania septentrional; Fourquet, Antonio, Pedro, Juan (Perpiñan), para el Kouang-tong; Caubrière, José, María (Coutances), para la Manchuria; Huguet, Juan, Francisco (Moulins), para Pondichery; Bernard, José, María (Chambéry), para la Birmania meridional; Masseron, Julio, Victor (San Claudio), para la Conchinchina occidental.

T. MOREL, *gerente*.